

Experiencias de vuelo

CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ



Experiencias de vuelo

Experiencias de vuelo

CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ

 Ediciones
de la Noche

Primera edición, 2020

D.R. © 2020, Ediciones de la Noche
Madero #687, Zona Centro
44100 Guadalajara, Jalisco

ISBN: 978-84-18312-56-4

Hecho en México
Made in Mexico

Contenido



Prólogo	9
Las reuniones nocturnas	14
Los tomatillos de don Chirulín	20
El dinero de don Celso	26
Los encandiles	30
Los duendes	34
No lean esos papelitos.	39
La casa caída	43
Mi papel de Cristóbal Colón	47
La música de la casa caída	53
La venta de pasajo	56
Las carreras de caballos.	60
La visita a la casa caída	69
El primer vuelo	74
Nuestro turno	84
A volar	92

La venta de pasajo	97
La felicidad de Lupita	103

Prólogo



Vuelos encantados sin escoba o de cómo Harry Potter compró su escoba en Acatic

TRINA CARRANZA
(ANA ROSA GONZÁLEZ)

*¡Pasen, pasen, lleven sus escobas!
Que de día barren y de noche vuelan.*

Este maravilloso libro de *Experiencias de vuelo* que tienes en tus manos, amable lector, es una extraordinaria aportación del doctor Cándido González Pérez a la literatura mexicana. Con la publicación de esta obra literaria se está redescubriendo, renombrando, rescatando, actualizando tiempos, lugares, personajes y hechos de una tradición centenaria en Acatic que está escrita y registrada desde la época colonial: la magia.

Por supuesto, aunque el simbólico José Sebastián no es protagonista implícito de estas alucinantes aventuras, de alguna manera sí está presente gracias al poder de la palabra que él aplicó en su tiempo. Pasando por la alquimia, la

santería o la brujería, los hechos sobrenaturales que aquí se describen y narran forman parte del pensamiento mágico y nigromántico que recorre estas páginas. Es el mismo pensamiento cabalístico que ha acompañado a la humanidad desde que el hombre es hombre y la mujer es mujer; es la idea de ir cada vez más lejos, cada vez más rápido y cada vez más cómodo a lugares extraordinarios y nunca antes vistos. Parajes que sólo pueden ser visitados o vividos leyendo un libro o viendo una película desde la comodidad de tu casa. La quimera de hacer cosas extraordinarias a partir de la palabra, los ademanes o gestos humanos forman parte de la esencia de la literatura que se ha encargado de hacer esos registros y dar testimonio de ellos.

Los lugares en el mundo más conocidos por hacer magia y brujería han sido Catemaco, Veracruz, Salem, Massachusetts, Haití, Cuba, Rusia, Brasil, toda África y, para cerrar con broche de oro, *Acatíclandia*, el cual ya está en el mapa mundial de sucesos mágicos y de brujería. El caso es que si suceden cosas extraordinarias en la realidad y en la literatura, deben ser cosas de mucho regocijo para la cultura local. Es importante que se siga produciendo una obra literaria relacionada con la nigromancia y taumaturgia porque es una evidencia de que esa cultura está viva y se mueve entre las palabras, el imaginario local y la realidad cotidiana. Hay que considerar que la imagen y presencia histórica de la escoba es tan importante, significativa e identitaria en el escudo municipal de Acatí como la cañada, los indios tecuexes, los ladrillos, la torre de la Candelaria y las llaves doradas de las puertas del paraíso celestial. Asimismo, el dicho mercadotécnico de doña Trina Carranza, citado arriba en el epígrafe, es una de las mejores aportaciones al *marketing* regional, sí, pero no sólo eso, sino también es la confirmación, evidencia y prueba de que en

Acatic, de día o de noche, suceden cosas realmente maravillosas y no las ve quien no quiere verlas.

En la primera película y libro de la serie: *Harry Potter y la piedra filosofal*, el joven aprendiz de brujo se enfrenta a un duelo que vamos a llamar, por funcionalidad conceptual, fútbol *escobar* espacial, pero no sólo eso, sino que también hace uso de un manto de invisibilidad que le regalaron, y así, invisible, visita el área restringida de la biblioteca donde se encuentra la piedra filosofal. Ahí vemos cómo el cuerpo invisible de Harry, y la mano visible flotante, cargando la lámpara encendida, recorre la estantería de libros hasta que llega a la sección deseada. Se quita la capa de invisibilidad, suelta la lámpara y la pone junto a la capa. Saca un viejo libro del estante, del cual no podemos ver el título, lo abre al azar, y porque nosotros suponemos que es un tratado de magia o brujería, lo que vemos es un repentino rostro de letras que grita y quiere salirse de esas páginas. Sea magia, brujería o sobrenaturalidad, el mérito de ese chico aprendiz de brujo es el de mostrar y demostrar que todos tenemos la capacidad de ser brujos o magos con sólo tener la voluntad de serlo. Porque de una forma u otra, todos volamos en escobas, pero metamorfoseadas en palabras. Todos nosotros somos aprendices de brujos, magos, científicos, deportistas, artistas y lo único que hacemos en esta vida es buscar la oportunidad de revelar, aplicar nuestras cualidades, ya sea de un modo u otro.

La magia, la brujería, la ciencia y el arte son cotidianos en nuestro mundo, lo único que falta es que seamos buenos observadores y notemos que ahí están presentes los buenos ejemplos, uno tras otro. La serie de Harry Potter son pequeñas muestras de que los seres humanos tenemos mucho poder, mucha energía, que podemos y debemos utilizarla cotidiana o mágicamente. Nuestro quehacer diario es y no es una obra de fantasía: lo es porque a través de las palabras

(desde el *abracadabra* hasta el *ábrete sésamo*) y la experimentación alquímica, intentamos hacer algo extraordinario con mucha facilidad; y no es una obra de fantasía porque en alguna otra dimensión espacial, en realidad o en ficción, podemos hacer cotidianamente magia (sor Juana Inés de la Cruz, en su famosa *Carta a sor Filotea*, exclama que si Aristóteles hubiera estado más tiempo en la cocina que en la reflexión filosófica, él hubiera sido un mago maravilloso).

En el contexto de las letras mexicanas, no fue sino hasta la época de la *literatura de la onda* (los sesenta y setenta del siglo pasado) cuando los chicos, adolescentes y jóvenes ocuparon un lugar protagónico dentro del arte de la palabra escrita. José Agustín, Gustavo Sáinz, Parménides García Saldaña, Ignacio Betancourt y Luis Zapata van a contar historias donde los protagonistas son adolescentes y jóvenes que tienen y escriben sus propias aventuras de cobardía, valentía, miedos, mitos, complejos, robos, honestidad, audacia, traición, poesía, venganzas, peleas, amor y desamor, pero en el contexto urbano de la ciudad de México. Sin embargo, nuestro país no sólo es lo que se llamaba el Distrito Federal, sino que también, de la frontera norte a la frontera sur y del Golfo de México al Océano Pacífico, hay muchas historias, arte, ciencia, deporte, música, magia, cine, religión, cultura y gente que tiene cosas que contar, aventuras que escribir como las que están presentes en este hermoso libro.

Todas las odiseas que integran este volumen de cuentos están protagonizadas por los cuatro fantásticos chicos, bien aventados, de Acatic: Jos, Betito, Briel y Cándido. Los lectores de estas aventuras disfrutarán cada página, cada salida, cada ocurrencia, cada vuelta espacial que den estos chicos por Acatic y sus alrededores. Tres ejemplos de estas historias son “La casa caída” (*sic*), “La música de la casa caída” y “La visita a la casa caída”, eventualidades que, sin

lugar a dudas, nos ponen los pelos de punta como el famoso cuento “La caída de la casa Usher”, de Edgar Allan Poe. En “Los duendes” no vemos, sino que vivimos, sentimos que la adrenalina fluye por nuestro cuerpo desde la cabeza hasta las uñas de los pies. Por supuesto, no se puede dejar de mencionar que “El primer vuelo” y “A volar” no son exactamente los primeros viajes de Acatic a Hogwarts, la tierra de Harry Potter, pero sí son los primeros vuelos de prueba, de experimentación, que van hacia ese destino. Sin lugar a dudas se puede afirmar que cada una de las historias aquí presentes están guiadas, de manera amena, por el hilo conductor de los cuatro fantásticos chicos que muy pronto serán, seguramente, los nuevos héroes, sin capa ni máscara, de la cuadra, de Acatic y su región.

Así pues, paciente lector, sin lugar a dudas en esta nueva obra literaria vas a encontrar momentos agradables y grandes sorpresas, ¡en serio! Además, hay que saber que es un libro ameno, con lenguaje y estilo ágil, lo cual se le agradece mucho al autor y también porque sus tramas, descripciones y diálogos van a emocionar a chicos y grandes. A los chicos, porque los anima e invita a ser pequeños grandes aventureros; y a los grandes para que, desde su aquí y ahora, reflexionen más acerca de cuando eran unos chavos adolescentes.

En suma, quiero dar mi enhorabuena al doctor González Pérez y a la literatura mexicana por habernos entregado una de las obras que estoy seguro que, con el tiempo, formará parte importante de la literatura clásica regional de Los Altos de Jalisco. Finalmente, quiero agradecer el apoyo de Maricela Muñoz Vega y Bernardo Alatorre Muñoz, quienes me apoyaron con datos sin los cuales no hubiera sido posible realizar esta presentación.

Hugo Medrano

Las reuniones nocturnas



Cuando empezaba a oscurecer estaban siempre reunidos los señores, por lo menos diez personas hacían rueda en la esquina de la cantina de Palomo. Las pláticas siempre oscilaban entre las bravatas de personajes que envidiaban, o al menos eso dejaban entrever por sus comentarios que los elogiaban; de carreras de caballos, de las idas a Estados Unidos o de negocios que traían entre manos. Los muchachos nada más escuchábamos y esperábamos el turno para nuestras experiencias. Pero nunca, y decir nunca, es nunca, en presencia de los mayores. Lo nuestro era exclusivo, cuando ellos platicaban y nosotros escuchábamos con atención, era asunto de señores, no de niños. Cuando se iban retirando, nosotros nos reacomodábamos en los lugares que iban dejando, nada envidiables: una piedra, la banqueta, un ladrillo o simplemente quedar parado para cerrar el círculo. Nosotros nunca competíamos ni con las pláticas de bravatas y tampoco en número de asistentes, por lo general éramos seis o siete, a duras penas, y en ocasiones muy especiales llegábamos a los diez. Los señores no, siempre eran más. Pero también y como regla general, pronto se iban retirando.

Cuando los últimos de los viejitos (así les decíamos) se despidieron, ya pudimos empezar la plática que habíamos dejado pendiente el día anterior, y así transcurrían los días, dejábamos algo inconcluso a propósito y al otro día le seguíamos, y así sucesivamente. El día antes nos habíamos ido muy asustados porque nos habían platicado de espantos. El Chuy era quien empezaba esos diálogos, como que era su especialización:

—Yo nunca camino solo en la Villa y menos enfrente de la casa caída.

Así, caída, nadie podía decir caída porque sería señalado de amanerado, lo caído es caído, nada de caído; por ejemplo no podías decir tampoco Ismael, debería ser Ismáil; ni Rafael, cuando alguien así se llamara, era Rafáil y si decías Rafael y eran muy tus amigos con los que platicabas, te hacían la burla: ay sí, ay sí, Rafael, tu-tu-tú turututú, maricón. Si no eran de completa confianza, lo menos que recibías era que intercambiaran unas miradas cómplices y una sonrisa apretada en señal de aprobación tácita de reprobar sus pensamientos antagónicos a tu correcto actuar.

—Yo menos, ni siquiera volteo a verla cuando paso —acuataba el Chato Isordia—, y eso que allá vivo.

La Villa es una colonia pequeña que está al otro lado del arroyo de San Juan y es famosa por la existencia de brujos. Nunca los hubo pero se presentían. Nacho Rizo, que dentro de poco debería ir dejando de asistir a nuestras reuniones porque su edad ya se estaba acercando mucho a la de los señores, pero que siempre le gustaba participar en nuestros temores y nuestras inquietudes, a veces nos acompañaba y acrecentaba nuestras dudas por su calidad de más viejo entre las crías. Generalmente era quien mayor cantidad de datos tenía de todos los espantos que nos enterábamos:

—Me tocó ir con mi papá a buscar una vaca que se perdió allá para la Charranga, ya ven que está muy lejos. Cuando íbamos llegando me dijo “tú te vas pegadito al lienzo y le das vuelta allá para donde está la gigantera hasta abajo para encontrarnos en el guardaganado”; pues así quedamos, pero antes de llegar a la gigantera que se me aparecen dos duendes.

—¿Cómo son?

—¿Qué hacían?

—¿Cómo se te aparecieron?

—¿Tenías miedo?

Entonces Nacho, que era muy paciente, pero poniendo unos ojos así, grandotes, de miedo, nos explicaba:

—Eran así chiquitos y brincaban muy alto, digo, para ser tan chiquitos, los brincos que daban se me hacían muy altos.

—¿No le gritaste a tu papá?

—Me asusté mucho, sentí que no me podía mover y no le pude gritar a mi papá. Me quedé entumecido.

—¿Y cómo eran?

—Chiquitos, con unos gorritos así como los que se pone el diablo de la danza cuando son las fiestas de la Candelaria el 2 de febrero. Y alumbraban mucho.

—¿Pero cómo se alumbraban?

—Pues brillaban mucho. Se reían a carcajadas.

—¿Qué te decían?

—Nada, ésos te asustan, es lo que quieren, brincan y brincan y se ríen, a ti ni te voltean a ver.

—¿Qué hiciste?

—Cuando pude moverme, corrí, le di una rodeada donde se me aparecieron para llegar a la gigantera y de ahí bajar hasta encontrarme con mi papá.

—¿Pero no te dijeron nada? Los señores platican que cuando alguien se aparece, si no le tienes miedo y rezas, te dicen dónde hay dinero.

—No, con los duendes es diferente. Cuando se te aparece un muerto, ése sí te puede decir dónde está el entierro, pero los duendes no, éstos su negocio es nada más asustarte.

—¿Y qué hiciste?

—Pues llegué con mi papá corriendo, despavorido. Le dije: “se me aparecieron unos duendes”.

—¿Allá antes de llegar a la gigantera?

—Sí.

—Siempre hacen lo mismo. Para la otra que vengamos, yo me voy por allá y tú por acá abajo para que no te asusten.

La frialdad con la que nos platicaba Nacho y ya grande que es, en comparación con nosotros, nos dejaba perplejos, por eso no podíamos dormir.

—¿Saben a quién se le apareció el difunto Ramón? —preguntó Chuy Isordia.

—¿A quién? —seguían los azoros.

—A don Candeciano, el del portal.

—¿Cuándo?

—Sería la semana pasada—. Chuy tenía las cejas igual que su padre, así caídas en las orillas y tenía el pelo ensortijado, más por la mugre que por tenerlo chino, pero es que siempre usaba sombrero y cuando se lo quitaba como que el sudor y la tierra hacían una buena composición para el enrosque del pelo. Cuando nos juntábamos a platicar de espantos, siempre nos lo quitábamos, es decir, de lunes a viernes. Sábado y domingo no porque íbamos a la plaza a dar la vuelta y en grupos más pequeños. Ahí no aplicaba eso del grupo de conversaciones de los espantos.

—¿Y qué platica don Candeciano de la aparición?

—Pues que Ramón había dejado unas deudas y quería que Candeciano se hiciera cargo.

—¿Que las pagara Candeciano?

—Se asustó mucho y corrió, no esperó a que le platicara todo el Ramón.

—Ahí es donde estuvo el error —dijo Raúl entrando en la plática—, le tiene que preguntar a quién le debe.

—¿Pero eso por qué? —preguntábamos nosotros, ansiosos de saber la respuesta, porque siempre era el tema de los aparecidos, que debían dinero y querían que ellos pagaran. O por el contrario, y ésa era la mitad de las ocasiones en que se aparecía un muerto: para decirle dónde había dejado el “entierro”, que consistía en muchas monedas de oro y se las regalaba a quien se le aparecía para explicarle cómo sacarlo.

Y es que no es fácil desenterrar un tesoro que hubiera dejado un muerto; en la aparición siempre dejaba muy claras explicaciones para sacar el dinero, y si no se hacía de esa manera, o desaparecía, o también llegaron a haber casos de que se enazogaban (es decir, respiraban un gas venenoso generado por mercurio líquido llamado azogue). De las personas que llegamos a conocer del pueblo y que no gozaban a cabalidad de sus cinco sentidos, lo eran por una de dos razones: porque estaban clisados (que nacieron cuando había un eclipse), o estaban enazogados.

—Pues la regó Candeciano porque debió de haberse armado de valor y preguntarle al Ramón por qué se le estaba apareciendo —aseguró Nacho.

—Bueno, que un muerto quiera decir dónde dejó el dinero, está bien, pero que hubiera dejado deudas y que quiera que otro pague, como que no está correcto —dijo Betito, entrándole por primera vez en la conversación de la noche. Le contestó Chuy Isordia:

—Es que si deben dinero no pueden entrar al cielo. Así lo tienen que hacer, no es que se les ocurra.

—Pero lo que yo digo —afirma Betito y justo en sus razones— es que la gente antes de morir debe ponerse al corriente, o por lo menos dejarle dicho a sus familiares. ¿Por qué eso de andar asustando gente y pidiendo dinero ya muerto?

—Nunca se sabe cuándo se va uno a morir —contestó Nacho.

—Pues aunque no se sepa, sí se puede platicar en la casa que tienen alguna deuda. O también, a la gente que le quedó debiendo, debería ir con los familiares y decirles, para quitarle un problema, ¿o no? —remata Betito y agrega—: entonces don Chirulín cuando muera se va a aparecer a alguien para decirle que nos busque y nos pague lo que nos robó cuando nos quitó los tomatillos, eso es un robo, ¿a poco no?

Los tomatillos de don Chirulín



Nos hizo recordar lo que nos había pasado unos meses antes: los cuatro amigos que somos más o menos de la edad y que nos juntamos más que con otros, fuimos al rancho a pepenar tomatillos, nos había dicho Betito (porque él es siempre el que toma la iniciativa): “vamos a juntar tomatillos, es el tiempo y lo pagan muy caro, con una bolsa que juntemos cada quien, nos ganamos dos pesos fácilmente”. Nos organizamos un domingo, después de la misa de ocho de la mañana, llevábamos una bolsa de ixtle cada quien, nuestro sombrero porque había mucho sol, y nos enfilamos camino a la barranca, porque después del panteón está el terreno de don Chirulín, muy grande, sembrado, bonito, ya conocíamos exactamente el lugar que habríamos de pisar. Claro, nos fuimos sin pedir permiso, o digamos mejor, sin avisar, porque si hubiéramos hecho alguna de las dos cosas, a ninguno nos dejarían ir. Primero, porque nuestros padres ya conocían a don Chirulín como hombre trabajoso, y segundo, porque legal, legal, que digamos legal, no era lo que íbamos a hacer. Betito nos explicaba que el camino es libre y que cada quien puede hacer lo que quiera, pero nosotros no muy convencidos le decíamos que el camino sí,

pero el terreno a donde nos íbamos a meter era propiedad privada. Luego nos explicaba:

—Los tomatillos se dan de humor, él no los sembró, él tiene milpa y a los elotes no los vamos ni siquiera a tocar, nosotros juntamos los tomatillos, los echamos en las bolsas, vamos y los vendemos a don Juan Sapote y listo. Se venden como pan caliente, son como los camotes del cerro, ¿a quién le cobran por sacar camotes?

—A nadie, pero eso es en la barranca, no en los barbechos —replicó Jos—, el barbecho es de don viejo, ese Chirulín y hasta nos puede acusar de rateros.

—¿Rateros de qué, a cuántos han agarrado para llevarse presos por juntar raja o pasojo de cualquier rancho? Nunca dicen nada, de que yo me acuerdo, nada más un señor nos dijo que no juntáramos raja porque él la iba a necesitar, pero nos dijo eso, que no juntáramos, nunca nos acusó de rateros —decía en una forma muy convincente Betito.

Pues finalmente le dimos la razón, nos pusimos de acuerdo un sábado y al otro día después de desayunar y antes de ir al cine, si llegáramos a alcanzar y si nos daban permiso, ya traeríamos dos pesos cada quien en la bolsa por la venta de tomatillos. Y es que, en ese terreno de don Chirulín se daban muy buenos, uno podría ir y buscar en otros lugares y nunca se daban ni en la cantidad, ni en la calidad del que pepenábamos de ahí.

Llegó el famoso día de la recolección y venta de nuestro producto, todos, religiosamente estábamos a la hora acordada, cada uno con su bolsa de ixtle doblada, su sombrero y manos a la obra, a coleccionar tomatillos. Es un vegetal redondo, de color verde claro que se dan como decía Betito “de humor” porque no se siembra; a la sombra de la milpa se reproducen las matas y hay algunas muy prolíficas que cuando las encuentras da gusto, te sientas, con calma, vas

cortando de uno por uno, son pequeños pero pesados, y como se venden por kilos, una cosa esplendorosa. Pues nos fuimos caminando y platicando por el camino de la barranca, era importante que no se nos vieran las bolsas porque llamaríamos la atención. Llegamos a los límites de la siembra de don Chirulín, volteamos que no viniera nadie y nos metimos. El señor era carnicero y los domingos son los de las mejores ventas, cosa que nos proporcionaba un punto a favor, no iba a dejar su venta de carne para ir a cuidar que no se metiera nadie a su siembra a recoger tomatillos. Nos metimos, nos distribuimos lo más separado que pudimos, pero no tan lejos como para “echarnos aguas unos a otros” y ya dentro, una chulada:

—Acá me encontré una mata bien buena —dijo Briel, uno de los cuatro inseparables—, pues a darle mi amigo, a dejarla pelona.

—Yo si ahora no me hago rico, es que me voy a hacer millonario, hay mucho tomatillo —terció Jos, el de la cabeza brillante, era morenito de ojos chiquitos y además de que tenía poco pelo, el domingo pasado que es cuando corta el pelo el hijo de doña Rosa Gómez, le dijo “ahora a repa”, quería decir a “rapa”, pero bien que le entendieron. Se quedó dormido en la silla porque con la entrada de la electricidad al pueblo, ahora usaban navajas eléctricas en lugar de las que tenían que estar apretando en cada corte como si fueran tijeras, y con el ruidito, las cosquillas de la máquina y el calor del día, se quedó dormido en la silla. Despertó y pagó, pues ése había sido el trato, pero al poco rato apareció la mamá de Jos el pelón: “viejo hijo de la tostada tan ventajoso, ¿por qué rapaste a mi hijo?” “pues así me dijo el muchacho” “ventajosos cabrones, se aprovechan de las criaturas, ¿y ahora qué voy a hacer con este muchacho pelón?” “pues

deje que le crezca y para la otra, usted viene y nos dice cómo quiere que lo dejemos, a mí me dijo que pelón a rapaguaje”.

A mí no me iba mal en mi negocio porque había muchas matas, y si bien la recolección no era tan abundante como lo esperábamos, si le trabajábamos buen rato nos iba a ir muy bien, tal y como nos había dicho Betito. Cuando íbamos en camino, le preguntábamos a Betito porque siempre él era más aventajado en todo que nosotros: “¿y si llegara el viejo y nos sacara de la milpa?” “ay muchachos, por lógica, nada más piensen, si él es solo y nosotros somos cuatro, ¿qué vamos a hacer? Pues en la peor de las cosas que nos pudiera suceder, si alguien le avisa y si llega, pues sale uno solo, le explica que vio los tomatillos y que juntó unos poquitos. En caso de que eso pasara, vacías tu bolsa y sales con un puñito en las manos, ¿qué te puede hacer? Te deja, se va y listo. Al rato salen los otros y hasta al que hubiera agarrado puede regresar por su bolsa. Hay salida por el otro camino, el de las Paredes, nos vamos por allá, cuidándonos unos a otros. No puede pasar nada”.

Pues sí, siempre nos convenía, porque incluso él fue quien nos llevó a la casa caída de la viejita sin cabeza y nos fue muy bien. La verdad, con sus argumentos tenía todas las de ganar. Pues nos metimos muy confiados y convencidos de que nos iba a ir bien. Todo caminaba como lo habíamos pensado y cuando ya teníamos una buena cantidad de tomatillos y nos empezamos a poner de acuerdo para salir a la venta de nuestra mercancía, se escucha nada más y nada menos que a don Chirulín ahí fuera, muy cerca de donde estábamos nosotros. Betito nos hizo la seña de que podíamos vaciar la bolsa y salir con un puñito como nos había platicado. Nada más faltaba ponernos de acuerdo quién sería el que iba a salir, y todo indicaba que fuera el mismo Betito, porque además de que era el más aventado,

siempre tenía sangre fría, nosotros éramos más cobardes. Cuando nos grita el señor:

—Salgan los que andan ahí, o les echo el perro a que los muerda y los saque en rastras.

El primero en salir fue Briel, siempre me imaginé que era el más débil de todos, pero luego Jos se paró y salió también. Ninguno dejó su bolsa de tomatillos, la llevaban en la mano cada uno. No me quedó otra que salir yo también, me asustó mucho. Betito no tuvo remedio y salió también. Siempre pensé que Briel sería el primero en aflojar, como sucedió cuando fuimos al encandile, se orinó en los pantalones al primer susto. Pero también hay que reconocerle que no se rajó cuando entramos a la casa caída de la viejita sin cabeza, yo confiaba en que dijera que no se animaba y de ahí pensaba yo agarrarme, “si no va Briel yo tampoco, nunca lo dejo solo”, y caramba que dijo que sí, ya no me pude zafar.

—A ver mis cabrones, ¿por qué vienen a robar? —nos dijo sin tapujos y Betito le contestó, y eso hay que reconocerlo:

—El camino es libre, no estamos robando nada.

—¿Cuál camino, cabroncito? Esto no es camino, esto es mi siembra.

—Ah, y no me diga que usted siembra tomatillos —no se le dejaba el Betito, no se rajaba con nada.

—¿Y tú me vas a decir cómo debo sembrar, hijo de la tostada?

La verdad es que si fuera al tú por tú, Betito nunca se le rajaría, pero el canijo perro que traía no dejaba de ladrar y sí tuvimos mucho miedo. Nos dijo don Chirulín:

—Vacíenme ahí mis tomatillos —“mis”, viejo cabrón.

Pues no hubo de otra, con tristeza le entregamos lo de nuestra recolección del día. Ahí juntó todo y le echaba unos

ojos muy feos a Betito, a nosotros ni nos tomaba en cuenta, le traía ganas a nuestro amigo el respondón.

—Y si los vuelvo a ver, le digo al comandante Jaramillo para que duerman una semana en el bote, cabrones rateros.

Eso sí me dio mucho miedo, juré nunca intentar recoger tomatillo, era mejor que mi mamá comprara con don Juan y asunto arreglado. Toda esta hazaña nos hizo pensar en las pláticas de los azoros sobre la posibilidad de que cuando muriera don Chirulín se le tuviera que aparecer a alguien y decirle “por favor págale a esos cuatro muchachitos que les quité sus tomatillos para yo poder descansar en paz”, y en ese caso, nosotros recibiríamos nuestra buena paga y hasta le daríamos el permiso y el perdón. A nosotros nos tocó un día de mucho trabajo, de mucho miedo y que no podíamos olvidar. Pero si se llegara ese día, seríamos los más felices del mundo. “¿No se llevó a su perro para que lo cuide?”, le podríamos preguntar.

El dinero de don Celso



Las pláticas se ponían sabrosas porque no era hablar de los muertos por ser muertos, sino de cosas que nos incumbían a todos. Después de nuestro deseo, no de que se muriera don Chirulín, pero de que cuando le tocara la de malas, se tuviera que aparecer a alguien y le pediría que nos pagara. Todo eso pensábamos cuando estábamos en la charla de la noche, donde cada vez escuchábamos de más figurantes:

—Al que le fue bien, fue al güero Cátaro, a ese sí le dejaron dos cantaritos así de rasos de puras monedas de oro —dijo Raúl para hacer más sabrosa la conferencia—, es con lo que fincó su casa de dos pisos y compró el rancho y el ganado, porque de vender talaches no se hace todo ese dinero.

—Sí —afirmaban todos—, es cierto. Y luego le pregunta Betito:

—¿Y de quién fue el dinero que se halló?

—Pues de don Celso, el señor de allá para la barranca. Murió solo, sin herederos, sus hijos se fueron a Estados Unidos y no ha regresado ninguno. Dizque no vinieron todos cuando se murió —contestó Nacho—. Ése ha de haber sido su coraje; entonces, se le apareció a Cátaro y le dijo cómo desenterrar los dos cantaritos.

—Se ha de haber fajado bien los pantalones porque dicen que es bien collón, ¿o no? —dice Betito.

—No hay loco que trague lumbré —dijo Chuy Isordia—, cuando vio que se aluzaba el lienzo, sacó su rosario y nunca dejó de rezar. Ésa es la mera clave. Que iba con su bicicleta ya bien oscuro todo, para el bordo de la barranca, cuando vio una lumbrada pegado al lienzo de piedra despuesito de la presa de la Leonera. Primero se paró y se apagó la luz del dinamo de la cicla, sacó su rosario que siempre trae colgado, lo agarró, empezó a rezar y luego siguió caminando cabestreando la bicicleta, pero dirigiéndose derecho a donde estaba la luz, sin miedo, porque si te regresas o te quedas parado, el dinero se convierte en caca. Que le dijo el difunto Celso: “en la pader de la cocina, como un metro arriba de donde se guarda el molino para los elotes, escárbale y vas a hallar dos cantaritos con mucho oro”. Eso hizo el Cátaro un domingo que el rancho está todo sereno, y ahí se encontró el dinero. Y era para él, porque si otra persona, que no se le hubiera aparecido, hubiera ido a buscar, se hubiera enazogado.

—¿No dicen que no los debe de haber visto nadie? —preguntó Betito.

—Nadie más estuvo ahí —contestó Chuy Isordia.

—¿Entonces cómo saben todo eso de la bicicleta, del rosario y lo que le dijo el muerto? —remató Betito.

—Seguro ha de haber platicado en alguna borrachera —dijo, no muy confiado, Chuy Isordia.

Nos quedábamos viendo unos a otros, no lo podíamos creer, los muertos podían o dejarte una fortuna, o te pedían que pagaras deudas que ellos habían dejado.

—¿Y qué me dicen de la casa caída? —pregunta Chuy Isordia.

Ése era el relato más revolcado siempre. Nunca se dejaba de comentar la historia de la viejita sin cabeza que se aparecía en la casa cáida. Y lo interesante del asunto era si la señora se aparecía para pedir dinero o para entregarle una riqueza al osado que entrara y platicara con ella. Nosotros siempre pasábamos y en ocasiones entrábamos corriendo, recogíamos sapotes y corríamos desafortadamente para no ser vistos y correteados por ese fenómeno de mujer.

—Pues que no ha habido valiente que le entre, pero de que hay dinero y mucho, sí que lo hay —dijo Nacho.

—¿Y por qué no vamos de a muchos? —preguntó Betito.

—¿Vamos? —preguntó Nacho—, ¿tú y quiénes más serían los valientes? Yo no y la verdad no creo que ninguno de ustedes.

—Pues ¿no dicen que el Cátaro llevaba su rosario y siguió para delante? Si ya saben el camino, bueno, ¿por qué tener tanto miedo? Hace rato estaban diciendo que Candeciano debió de haberse esperado a platicar con el difunto Ramón, ¿no es lo mismo? —enfrentaba Betito a Nacho.

—No es lo mismo, un señor que conocimos bien todos, a una señora que no tiene cabeza. ¿Quién se sienta a platicar con una mujer que le falta la cabeza, quién va a ser el valiente? —contesta Nacho.

—Yo —dice Betito.

—Jajajajajajá, jajajajajá —ríe a coro el público.

—Pues aquí se rompió una taza y cada quien para su casa —dijo alguien del grupo—. Nos paramos todavía sin dejar de reír y ya apuntando cada quien para su hogar. Nacho y Chuy Isordia vivían para la Villa, a mí me daría más miedo ir a dormir a mi casa si viviera allá. Y digo “más miedo” porque todos íbamos asustados. Siempre eran las pláticas de espantos, nos asustábamos mucho y pensába-

mos toda la noche en eso, nos dejaba dormir poco. Y me refiero a “todos” porque al otro día que nos veíamos, platicábamos nuestras experiencias nocturnas y eran similares.

Al otro día, jugando canicas los inseparables cuatro, comentábamos de las experiencias, de las dudas que nos dejaban las apariciones de los muertos.

—Yo no quiero morir de viejito y sin dinero, yo me animo a platicar con un muerto para quedarme con la lana. Mira, si no lo recoge uno, otro que lo encuentre y que no le tocara, se envenena y nadie va a saber nunca que ahí había dinero —explicaba Betito. Briel, que era el más chico, también era el más temeroso:

—¿Y si se muere uno del puro miedo? Yo no me animo, la mera verdad, cuando se murió mi abuelito no me animé a verlo en la caja y después de que lo llevamos al panteón en muchos días no podía dormir, y era mi abuelito. ¿Cómo le va a hacer uno para platicar con otro muerto que ni conociste y como si nada?

—A ver Betito, si tú eres el más caliente, ¿cómo le podríamos hacer? Primero, tiene que ser en la noche porque nunca se aparecen en el día; segundo, siempre dicen que se le aparece a una persona, nunca llega a una fiesta y les dice “señoras y señores”; tercero, si le tuvimos miedo al perro de don Chirulín, ¿cómo le vamos a hacer con un difunto? —les dije yo porque ésas era mis dudas razonables. Contestó Betito:

—Vamos a un encandile.

Los encandiles



—Con lo que sales. Si vamos a buscar muertos, ¿cómo vamos a ir a un encandile? —le contestó Jos. Y Briel, pensativo, atinó:

—Es cierto. Nosotros no salimos para nada en la noche por miedosos y porque no nos dan permiso, pero si armamos un “encandile” sí nos dejan salir.

Nos convenció a todos, era sensata la propuesta. Todo se acomodaba. La única pregunta era:

—¿Y cómo le hacemos si la aparición se hace a una persona? Nosotros seguimos siendo cuatro, somos tropa —afirmó Jos.

—Fácil, salimos todos juntos, pero en el “encandile” nos vamos cada araña por su hebra —remató Betito. Ya tenía todo calculado, no nos estaba invitando porque en ese momento se le había ocurrido, incluso le preguntamos:

—¿Y cuándo lo habías pensado así?

—Desde siempre, desde que decían de todo el dinero con el que se han hecho ricos muchos aquí en el pueblo. Los ricos, los verdaderamente ricos son a los que les han regalado entierros, o díganme el nombre de otro de los que conocemos que hubiera comprado todo lo que tienen de

su trabajo. De todos, todos, se dice dónde se encontraron dinero enterrado.

Indiscutible, nos despedimos y quedamos de no faltar en la noche a las pláticas nuevas, podríamos conocer más detalles. Hay que reconocer que pensar en lo del “encandile” fue una genialidad; el hecho consiste en salir a cazar tacuaches por la noche. Salen los acechadores al campo con sus escopetas y con buenas lámparas de baterías; cuando aparece uno de esos animales, se les aluza con los aparatos y se ciegan, entonces se inmovilizan y es sencillo dispararles. Si nosotros pedíamos permiso para ir de cacería en esos términos, podríamos salir de noche y cumplir con nuestros planes.

Lo de la charla nocturna sucedió como siempre, ya empezando a oscurecer nos acomodamos en el segundo círculo del grupo. El primero, ya se ha dicho, era el de los señores comentando experiencias personales, reales o inventadas, pero personales: “que yo cuando gané mucho dinero en las carreras con el Siete Leguas y contra la yegua de don Domingo, que daban blanco y mocho”, “que don fulano cuando ganó tanto dinero que para contarlo, puso su gabán en el suelo y los pagadores se iban reportando de a uno por uno y él iba haciendo montoncitos”. Así iba siempre el derrotero de la conversación pero en algunas ocasiones se desviaba con alguna bravata que en algunos de los casos era de los presentes o que habían atestiguado ellos: “cuando mataron a fulano, yo le había dicho ‘mejor vete, debes muchas muertes,’ no me hizo caso y al rato llegó un doliente y lo venadió al salir de la cantina”, “que yo cuando me dijo fulano que no fuera a pisar el agua con mi caballo ¿y cómo quieres que haga, que vuele? Y que se mete la mano debajo del gabán pero para uno que madruga, otro que no

duerme, yo ya traía la tres-ochenta bien apergollada”; sí, mucha bravata, al fin que no había habido testigos.

Nosotros, los de la segunda ola, ahí escuchando y esperando nuestro turno, cuando ya se empezaban a despedir los grandes. Era rutina, se iban levantando ellos y nosotros íbamos ocupando los lugares. Ahí fue donde me picó el arlomo. A decir verdad, porque la gente no se pone de acuerdo, o fue piquete o nada más fue el caminito de babas que dejan. Hay quienes dicen que el arlomo es un insecto que vuela y pica, pero hay otros que dicen que es un gusanito que se te sube sin que sientas y el caminito que deja con su humedad es el que aparece luego como la piel pudriéndose. Yo, que fui víctima, creo que es gusanito porque nunca sentí ningún piquete; un día en la mañana nada más de repente me salieron unas vejiguitas como burbujas, se revientan y el líquido que corre deja otro racimo de nuevas burbujas. No duele pero se ve muy feo, la carne como pudriéndose, con un color café oscuro horrible y no se quita con nada, a mí me pusieron pomadas de todas las que me recetaron, me inyectaron, me daban a tomar brebajes, hasta que dijo doña Ventura, la señora que tenía una casa enfrente de la nuestra pero que vivía en el rancho y nada más venía el domingo cuando bajaba a misa:

—Mira Teresa, al muchacho le picó un arlomo, búscale hierbitas ahí para el arroyo de la gigantera, yo las he visto, pero tienes que ponerle de tres juntas.

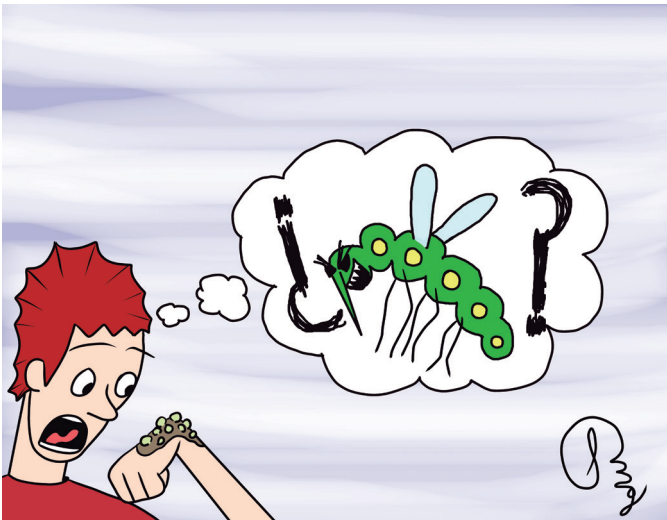
Luego me enteré que hay una planta que se llama arlomo hembra, otra de arlomo macho y otra de los siete arlomos. Si le picó a uno un arlomo macho, aunque encuentren y te pongan el de la hembra, no te sirve para nada, como no me había servido ningún remedio que me habían puesto. Si le pica a la persona uno macho, la mata del arlomo hembra tampoco sirve. El que sirve para todo y es

como la bendición papal, es el de los siete arlomos porque ése cura del que te haya picado. Y con otra novedad, le dijo doña Ventura a mi mamá:

—El año que entra ponte al alba, porque le vuelve a salir el racimo de ampollitas, revive cuatro o cinco años seguidos.

En la madre, y lo malo es que resultó verdad, al siguiente año, por las mismas fechas apareció la enfermedad, solamente que en otra parte del cuerpo; al siguiente año lo mismo. Era como un embrujo. Lo bueno es que ya de estar avisado, yo iba al arroyo de la gigantera y esperaba a alguien que pasara y conociera las mentadas hierbas.

Pues yo pienso que ahí fue donde se me subió el arlomo porque dicen que vive en las partes húmedas y ahí en la esquinita que me gustaba posicionarme estaban unos güinares y unos ladrillos pero siempre estaba húmedo.



Los duendes



Como de costumbre, se fueron despidiendo los integrantes del primer círculo y nos fueron dejando el campo a las crías. Ya nos fuimos acomodando como era de costumbre, a veces un poco más de visitantes, a veces un poco menos, pero por lo general nosotros cuatro, que éramos los que traíamos un plan para ejecutar: Betito, Briel, Jos y yo; luego, Chuy Isordia, Nacho Rizo, esta ocasión Jorge, Arturo y Luis. Se completó el equipo y empezó la rutina. Al principio daba la idea de ser tiros de calentamiento porque se empezaba de nuevo con los duendes de cuando fueron a buscar la vaca:

—Así chiquitos pero buenos para brincar, llenos de luz como si fueran de pilas y a risa y risa los cabrones.

—¿Ya supieron quién se apareció?

Aquí la cosa ya se ponía interesante, debíamos poner bien atención y no perder detalle porque nos podría servir en nuestra empresa.

—¿Quién se apareció?

—Don Zenaido.

—¿Pero ése qué puede dejar de entierro si siempre vivió muy pobre?

—Pues uno nunca sabe, la gente que no gasta es la que deja sus buenos entierros.

Bueno, había cierta lógica. Está bien, suelten más, suelten:

—Pues que iba don Pioquinto —describió Arturo— ya noche con rumbo a su casa en la Villa cuando escuchó unos quejidos, pero que no se veía nada y les dijo, hablando para donde se escuchaban los pujidos:

—¿Eres de este mundo o del otro?

—Del otro.

—Patas para cuando son, que corrió, se le cayó el sombrero y ahí lo dejó. Por la voz, él está seguro que fue don Zenaido, pero que no lo vio.

Mmmmh, eso no nos sirve para nuestro negocio. Continuó la plática pero no había temas nuevos, no había tela de dónde cortar, nosotros queríamos saber cosas que pudieran para nuestra aventura; entonces mejor: aquí se rompió una taza y cada quien para su casa.

Al otro día empezamos a armar todo lo del encandile, Briel era el único reacio, además estaba más chico que nosotros tres, de edad y de tamaño. Era un güerito de ojos claros que siempre andaba atrás de nosotros porque hacía lo mismo que los más grandes hacíamos, nunca tomaba la iniciativa pero aunque le entraba, siempre era el que trastabillaba más que el resto del equipo. Betito no, era la otra parte de la moneda, moreno, de pelo hirsuto, era el más atrabancado y nunca se quedaba callado, siempre, para bien o para mal, era el que hablaba y sacaba la casta de la tropa. Con su piocha que terminaba en pico y sus dientes de ratón, siempre estaba al alba para tomar iniciativas o en sacar primero el pecho.

—Cada uno debe llevar su rifle o su pisponera —ordenó Betito.

Un conocido había muerto por traer su escopeta hechiza y yo prefería tomar la carabina 22 que era de mi

abuelo pero que siempre estaba a la mano; entonces yo con escopeta, ni dormido. El Soto traía en un cuerno de toro la reserva de pólvora y ya le habían dicho en muchas ocasiones: “mucho cuidado con la pólvora, eso que traes es suficiente como para tumbar una puerta de hacienda” “no, no pasa nada, siempre lo he hecho así”, pero el amigo, para colmo de males, fumaba, entonces en una ocasión que andaban en las güilotas allá para el lado del ranero, ¡pum! Se escuchó una explosión, andaban separados como 200 metros cada uno, voltearon, vieron el humo y nada de Soto, murió instantáneamente y su cuerpo no quedó completo. Entonces, yo mi rifle 22 y punto.

Sí, cada uno apareció con su arma el día acordado, nos vimos en la esquina de las pláticas porque todos vivíamos en la misma cuadra, entonces quedamos que a tales horas y ahí estábamos puntuales. Nos fuimos para el lado del Saltillo, saliendo del pueblo todo estaba oscuro, en la “encandilada” normal, deben ir todos juntos con sus lámparas buscando tacuaches, pero en nuestro caso, el plan era que nos deberíamos separar y caminar sin luces más o menos a 100 metros uno de los otros. Cada quien rezando y con su rosario en la mano, el rifle no importaba, no íbamos a eso. Caminamos y alcanzábamos a ver las siluetas de los otros aunque no escuchábamos lo que cada quien iba rezando. Anduvimos alrededor de una hora, llegamos casi hasta las Amarillas y nada, entonces nos echamos un grito, nos juntamos y para aprovechar la vuelta, acordamos que el regreso sería igual, a luz apagada, caminando separados y rezando con el rosario en la mano. Llegamos al pueblo y no, no tuvimos ningún encuentro mortuorio, nos quedamos platicando un rato en una esquina antes de llegar a la de las charlas y nos despedimos. El acuerdo fue que a la siguiente semana, en el mismo, pero ahora para el rumbo

del Tepozán, para allá vivían más ricos que para el Saltillo, tendríamos más posibilidades de pegarle al clavo.

La siguiente semana, todas las noches acudíamos a la esquina de los azoros para “agarrar tinta”, como decía Betito. Es decir, para escuchar detalles de lo que pasa cuando se encuentran el dinero. El día que acordamos, no recuerdo si eran los martes, pero era el mismo día que utilizábamos para nuestro plan, salimos para el Tepozán con las mismas técnicas que utilizamos en el Saltillo, caminamos una hora, nos juntamos en el otro punto, nos regresamos y seguimos el mismo procedimiento. Nada. Algo fallaba. Nos pusimos de acuerdo para ir al otro punto cardinal, ahora hacia el Capadero que queda al oriente. El Capadero antes se llamaba San Miguel de la Loza y había mucha gente que hacía cántaros y toda clase de instrumentos de barro: comales, jarros, ollas. Ahí debió de haber personas que juntaron su buena fortuna, y para allá vamos. Y nada. Hicimos lo mismo, nos separamos en los lugares ya saliendo del pueblo, a oscuras, a rezar y caminar una hora más o menos; luego el retorno. No, no funcionó. Algo andaba mal. Dejamos de salir dos semanas porque la tensión y el cansancio no eran para menos. Nos faltaba un rumbo y cuando nos pusimos de acuerdo, de nuevo Betito, porque él era el más racional y sangre fría de todos:

—El problema es que vamos rezando.

—Pues de eso se trata —le contestó Jos.

—No, si vas rezando no se aparece ningún muerto, ¿cómo va a salir?

Claro, tenía razón, cuando se reza es cuando ya apareció la lumbre, cuando la gente se acerca a ver qué pasa. Pues sí. Bueno, entonces para la siguiente y con rumbo a las Paredes ahora sí íbamos a utilizar la nueva técnica. Otro martes pero ahora más espaciado que los anteriores, nos

apersonamos armados y todo, y allá vamos. En esa ocasión, a Briel le tocó pasar por donde había un nido de palomos, o serían lechuzas, pero hicieron un ruido muy fuerte al volar y le tocó todo muy cerquitas, gritó y corrimos para donde estaba, dijimos ahora sí se nos hizo, pero no, Briel se asustó mucho y se orinó en los pantalones.

—¿Quieres que nos regresemos? —le dijo Jos.

—No, ahora menos, en la casa se van a burlar. Mejor caminamos a que se me seque el pantalón.

Seguimos, hicimos lo mismo que las otras ocasiones, con la diferencia de que ahora no rezamos para no ahuyentar a nuestros posibles mecenas. Pero nada. Entramos al pueblo, platicamos un rato, nos despedimos y quedamos de vernos al otro día. Betito no bajaba la guardia por ningún motivo, sabíamos que pronto iba a tener otra propuesta.

La novedad en esos días fue que empezaron a aparecer aviones por las mañanas que arrojaban volantes con letreros muy raros. Muy raros y prohibidos porque nuestros padres nos decían:

—Si te veo leyendo una hojita de ésas, te enchilo.

Y no sé cuál era el pecado de leerlos porque se necesitaba traductor, decían cosas más o menos así:

Santiago 1.6.

Lucas 6:9.

Corintios 1:3-4.

No lean esos papelitos



Claro que estaba prohibido leerlo, pero en nuestros tiempos y en nuestra edad decirnos “no lo leas”, quería decir “lo tienes que leer por obligación”.

Alguno de los amigos, y generalmente era Betito, nos hacía la seña con los puros ojos “vámonos” y quería decir que traía por lo menos uno de esos papelitos. Y es que los que caían en la calle, los recogían los mayores y los quemaban, pero los que caían en la azotea eran nuestra propiedad, ninguna señora podía bajarlos. A la primera oportunidad uno de nosotros subía y recogía uno de esos volantes y nos íbamos a la Villa porque el papá de Jos tenía cantina y frecuentemente lo mandaba a que tirara la basura y la quemara en la Villa. Lo acompañábamos, se quemaban todos los papeles pero las corcholatas de cerveza que en esa época utilizaban corcho (no plástico) olían al contenido. Hace 50 años de eso y recuerdo perfectamente el olor característico. Pues nos fuimos a la Villa, leímos lo prohibido y ahora el problema era que alguien nos explicara qué quería decir eso, por qué tan prohibido. Claro, además de los acertijos ésos de Santiago, Corintios y esas cosas, a veces decía algo así como: el día del Juicio viene. Del cielo caerán bolas de fuego. Y delicadezas así por el estilo. Los aviones eran

pequeños, daban vueltas en giros en el pueblo, deberían tardar como dos minutos en darle una pasada de lado a lado. Recuerdo que volaban bajito porque se alcanzaba a ver el monigote que lo dirigía. Tenían dos asientos: el del piloto y otro espacio atrás para otra persona (o dos si eran niños y si iban apretaditos). A espaldas del asiento de atrás había una pequeña bodeguita, si así se le podría llamar. El piloto subía la mayor cantidad de volantes al alcance de su mano, es decir, en el asiento de atrás, pero el resto no lo alcanzaba. Eso nos favoreció cuando volamos.

El siguiente grado de dificultad sí que nos traía pensativos, por no decir atolondrados. Como era de esperarse, Betito nos arrojó en la cara su siguiente propuesta, un tremendo balde de agua fría. Siempre esperábamos algo fuerte de su parte, pero su última propuesta era dosis para elefante, no la podíamos asimilar.

—Si buscamos que nos hablen personas de otro mundo y no aparecen, si los buscamos para todos lados cubriendo todos los requisitos, pero sabemos dónde hay, ¿por qué le damos la vuelta? Vamos al grano.

—¿Al panteón? —cuestionábamos.

—No. Los que aparecen lo hacen en los lugares donde acostumbraban andar. Nadie va por casualidad a media noche al camposanto. Se le aparecen a una persona que escogen.

—¿Entonces?

—Pues a la casa cáida.

—¿A doooooónde?

—Al que no le guste el ruido, que no compre puercos. Si sabemos perfectamente dónde hay lo que buscamos, ¿para qué nos hacemos los que no sabemos?

—Ufffff.

—Yo ahí no le entro —brincó Jos.

—Yo tampoco —les dije firme.

—Yo menos —remató Briel.

—¿Por qué no lo pensamos y platicamos después?

Platicar, lo que se dice platicar, le dedicábamos por lo menos una hora diariamente a eso. Pero esta propuesta destinada en verdad que sí nos movió el piso. Escuchábamos con atención las monsergas de los señores cuando relataban sus supuestas bravatas, sus grandes tinos en las apuestas en las carreras de caballos, en las peleas de gallos o hasta en la baraja que a veces organizaban en forma oculta en la orilla del pueblo. Pero eso de querer nosotros, las crías, ser los actores principales, como que no.

Por cierto, de la única bravata que pienso que sí fue muy genuina, fue la que platicó don Chabelo. Que en una ocasión se le acabó la corriente a su carro en Guadalajara y andaba buscando un taller mecánico por el barrio de Analco, cuando se encontró al Tacuache y le preguntó:

—¿Qué andas haciendo aquí, qué se te perdió?

—Vengo a recoger la camioneta del patrón que me tiró ayer —contestó—. ¿Y tú a qué vienes?

—A pedir que me pasen corriente.

Estaban en la banqueta ya para entrar, cuando lo hicieron, estaba dentro don Elías, muy amigo de ellos y hasta pariente del Tacuache. El mecánico estaba debajo de un carro haciendo su trabajo y cuando los vio entrar, don Elías le dijo al Tacuache:

—Mira lo que me encontré sin escarbar, a ti te andaba buscando hijo de la tiznada para mandarte directo al panteón.

—Pues a ver quién se va por delante —le contestó el Tacuache, echando mano a su pistola. En esos años tal vez el señor cura no traía armas pero todos los demás en el pueblo en edad adulta traían algo en la cintura.

—Asoma el hocico para meterte el primer plomazo.

Hicieron lo que se dice cortar cartucho, mucho ruido con sus pistolas en sus manos y gritando todas las ofensas habidas y por haber. En un par de minutos dice don Elías:

—¿Luego qué andan haciendo acá? Deberían de avisar.

Salió el mecánico de abajo del carro, que estaba aterrado por lo que iba a suceder:

—¿No se iban a matar?

—No, nosotros así nada más de hocico, somos amigos.

—Yo soy diabético, me siento mal, me subió el azúcar.

—No te preocupes, lo de nosotros no es pleito.

—¿Entonces es nada más de boca?

—Sí, nada más de boca.

—Pues entonces yo también le entro: chinguen a su madre los tres. Cabrones, yo abajo a punto de morir y ustedes ahora riéndose. Vayan todos juntos a chingar a su madre.

Ésa es la bravata que yo siempre consideré como la más genuina de todas las que inmortalizaban los señores de la esquina. Son los ratos que nos hacían olvidar la primicia del amigo Betito: “ir a la casa cáida a buscar el tesoro anhelado”. Cuando se despidieron los amigos de la segunda ronda en la esquina, nos quedamos los cuatro, porque aunque por supuesto que consideramos muy estafalaria la propuesta del amigo, no dejábamos de comentarla. Hay que reconocer la sangre fría de Betito, muy macizo en sus razones.

La casa caída



—¿Díganme entonces por qué no?

—La viejita está muerta.

—¿Y no es lo que hemos estado buscando? ¿O cuando íbamos al encandile lo que queríamos era encontrarnos con alguno de los señores de la esquina?

—La señora no tiene cabeza.

—Claro, está en el otro mundo.

—¿En caso de que nos animáramos, cómo le haríamos? —así como no queriendo, empezábamos a ceder ante los razonamientos de Betito.

—Pues llegamos, entramos y nos apersonamos. No hay de otra.

—¿Y si nos mata?

—¿A cuántos ha matado a la fecha?

—Es que nadie ha entrado.

—¿Ah no? Yo creí que nosotros habíamos ido ya como diez veces.

—Pues sí pero nada más a robarnos los sapotes.

—Entrar es entrar.

Le buscábamos de una forma y de otra, pero Betito siempre tenía una sabiduría más fuerte que nuestras preguntas.

—¿Y entraríamos como si fuera encandile?

—Nada, directo, en la mañana.

Nos despedimos pero en verdad que sí nos dejó pensando. Podríamos pasar toda la vida trabajando y tal vez vivir en la pobreza en nuestra vejez, o podríamos darnos la gran vida con mucho dinero y llenos de satisfacciones si nos aventábamos como los machos.

Al otro día en la mañana apareció Jos en la puerta de mi casa:

—¿Que si vamos a juntar raja? —me invitó.

—¿Y los otros? —le contesté.

—Ahí en la esquina —ya estaba todo arreglado.

Era imposible dejar de pensar en el plan del amigo. Bien, con el pretexto de recoger raja, que todos hacíamos al menos una vez a la semana, nos fuimos con rumbo del Capadero. Por supuesto la conversación obligada era la casa caída.

—A ver, entramos, le gritamos a la doña, se nos aparece.
¿Y luego?

—Cáigase con la lana —dijo Jos y reímos todos.

—Vamos a estar muy asustados. ¿Y qué esperamos cada quién de la visita, que nos diga dónde hay dinero y ya?

—A mí me gustaría volar —les dije.

Me vieron pasmados.

—¿Volar? —preguntó Briel—. ¿Vamos a entrar a la casa caída para decirle a la doña que quieres volar?

—Bueno, ésa sería una de las peticiones —les dije—. Una vez soñé que mi abuelito y yo andábamos volando en un barco grande.

—¿Los barcos vuelan? —me enfrentó Jos.

—No, pero tenía unas sogas muy largas y unas velas muy grandes. Yo soñé que mi abuelito y yo traíamos una cuerda cada uno, no que estábamos colgados, sino que

andábamos hagan de cuenta como los mayates cuando les amarramos un hilito: vuelan libres mucho tramo, hasta donde les alcanza el amarre, porque cuando llegan al extremo, se dan un jalón. Más o menos así andábamos mi abuelito y yo con su soguita y volábamos a gusto, lejos del barco, alto, muy alto, pero libres. Fue un sueño muy bonito, desperté y tenía ganas de seguir soñando.

—¿Entonces vamos con la viejita sin cabeza y le pedimos que te deje volar como mayate? Jajajajá —dijo Jos.

—Si vamos a pedir imposibles y si la señora no tiene cabeza y si hay gente del pueblo que vuela, ¿nosotros no podemos?

Don Salvador Villegas era muy conocido porque en las noches se convertía en lechuza y volaba a las torres del templo, de ahí escogía una casa a donde ir a presentarse para asustar gente. Y la de nosotros no era la excepción, cada noche escuchábamos cómo nos hacía “Sssst, sssst” desde el limón.

—Es cierto —dijo Betito—. Sí es cierto, don Salvador Villegas se convierte en lechuza y va a muchas casas a asustarnos. ¿Pero tú es lo que quieres, asustar gente?

—Nada —repliqué—, yo nada más volar, se siente muy suave.

—A ver —preguntó Briel—. ¿Vamos a pedirle que nos diga dónde hay dinero y que nos diga cómo volar?

—Sí, claro ¿por qué no? —dijo Betito.

—Pues si ya vamos a pasar el susto de nuestras vidas, ¿qué más vamos a pedir con la señora? —dijo Briel.

—Yo digo que la felicidad —jajajá, todos nos reímos—. Es en serio, si vamos a pedir dinero y no nos da vergüenza, ¿por qué está mal pedir felicidad?

—Está bien —dijo Betito—, es cierto. De acuerdo, ¿y cuándo vamos?

Ya daba por sentado que íbamos todos, el acuerdo había sido que no lo íbamos a acompañar en esa locura pero ya estábamos discutiendo como si estuviera aprobado.

—Vámonos a entregar la raja y mañana lo decidimos, ¿cómo ven? —les dije.

Así quedamos.

Mi papel de Cristóbal Colón



Luego se presentaron dos casualidades por las que nos vimos en la necesidad de aplazar la visita. No abandonarla, se afianzó la idea pero le tuvimos que dar más tiempo. La primera fue mi participación en un carro alegórico en una procesión y la segunda una visita al cine Roma como continuidad obligada de la primera.

La señorita Quirina, quien era nuestra instructora en el catecismo, pidió voluntarios para participar como monigotes en la procesión que estaban organizando. Nunca queremos participar porque teníamos que dedicar mucho tiempo en la preparación y a todos nos gustaba jugar fútbol. Cuando adquiría uno compromisos de éstos, era obligado olvidarse, o por lo menos reducir el tiempo dedicado al fútbol. Entonces yo hice como que no oía cuando la señorita Quirina hizo la petición. Pero para mala suerte mía en esos momentos iba pasando otra catequista, mi tía Susana y dijo:

—Mi sobrino sería un excelente Cristóbal Colón.

Mmmmmh, mal negocio, ¿cómo iba a decir que no a una propuesta de mi tía Susana y menos siendo yo un Cristóbal Colón exactito? Ni hablar, dije sin convencerme:

—A mí me gustaría participar.

—Muy bien, ya tenemos un voluntario. ¿Y quién más, niños? —dijo muy motivada la señorita.

Pues nadie, porque los que participábamos eran como yo, cuando alguien lo sugería. Luego los padres de familia se negaban porque siempre el aceptar implicaba comprar el ajuar de lo que se tratara.

Pues nos fuimos preparando, para mi fortuna (¿fortuna? No sabía la que me esperaba) no se requería mucha preparación, entonces sí había tiempo para dedicarle al fútbol. Yo debería ir parado agarrando un mundo como el que tenía la señorita del Morillo que nos daba clases en cuarto año en la escuela de niños. Un mapa en forma de globo, grandote, que de vez en cuando yo le tenía que ir dando vueltas así como muy admirado de lo que tenía. Fácil, sin problema. Todo en orden hasta que llegó el famoso día de la procesión.

—Debes traer un corrito así y así, con estas características —opinó mi tía Susana.

Bueno, mi mamá que lo resuelva, yo pensé, ¿qué problema?

—Y que te presten unas tobilleras y unos zapatos de niña —agregó.

¿Queeeeé, tobilleras y zapatos de niña, por qué?

—Así se va a ver muy español.

¿Cómo, así eran los españoles? Me estaba dando la arrepentida de mi vida. Algo que se veía tan sencillo y de un rato a otro: ahora lo disfrazamos de niña y listo, que vaya hasta delante, en el primer carro, que lo vea todo mundo y se rían y lo señalen.

—¿No se puede nada más con calcetines y los zapatos que compré en las farmacias Relámpago de Tepa? —pro-puse, no pregunté, para que cambiaran de opinión, yo no podía ir vestido de niña en un evento público. No conocían

a mis compañeros. Yo sí los conocía porque era igual que ellos, si eso le hubieran pedido a otro niño, yo le gritaría lo mismo que estaba seguro me gritarían a mí.

—No, tiene que verse más real, así con unas tobilleras y unos zapatitos de niña.

No hubo remedio, me consiguieron el gorrito que ni siquiera recuerdo cómo era, nada más me lo enjaretaron. Y los zapatitos y las tobilleras de niña, uff. Pues arreglaron todos los carros, tomamos posición todos los artistas y después de la banda de música y los infaltables charros a caballo, ahí va el primer carro alegórico con su Cristóbal Colón disfrazado de niña. No llevábamos ni dos cuabras cuando apareció en la esquina Saúl, uno de mi salón que yo le tenía mucho miedo porque ya nos debíamos varias, y ése fue buen momento para él para cobrarse.

—Ay chiquito ¿quién te viera, cómo le disimulabas? Ahora sí a jotear partiendo plaza —me dijo en la esquina de la palma, dos cuabras arriba de la nuestra, la de los azoros. Precisamente ahí donde me gritó era donde se daba vuelta; entonces, para mi desgracia los carros iban más despacio porque una persona tenía que ir delante de cada uno para levantar los cables de electricidad que generalmente quedaban más abajo de la altura de los adornos de los carros alegóricos. Yo le dije, porque era mi obligación, eran valores entendidos:

—¿Por qué no me esperas cuando termine esto para que me lo digas de modo que te alcance mi mano?

—Ahí te espero, no me insistas.

—Te vas a acordar buen rato, te lo aseguro.

—No me asustes panteón. Mira, ya estoy temblando.

—Pues cuando termine esto te voy a quitar tu temblorina.

Yo le tenía mucho miedo, nunca quería pelear con él porque era mayor que yo y siempre pensé que si llegaba un momento como éste por el que tuve que pasar, ojalá y hubiera un “desapartador” para que lo mío no fuera una graciosa huida sino digna. Hasta podría decir:

—Lo bueno que nos desapartó fulano de tal, si no, se le hubieran caído los dientes a ese fantoche.

Pues nada, durante todo el desfile yo iba muy asustado y con la de malas de que Saúl nos fue siguiendo por donde iba yo dándole vueltitas al mundo. Sentía las orejas coloradas y estaba pensando cómo hacerle para evitar el pleito ya cantado que teníamos.

Creí que terminó pronto, nunca había visto uno tan rápido. Yo volteando de reojo cada rato para ver si se iba y no lo encontraba, ésa sería una buena salida:

—Se la canté derecho y se hizo el desaparecido —si yo pudiera platicar eso, sería el más feliz del mundo. Pero nada, ahí iba.

—Para la siguiente de una vez que te pongan rebozo, ¿para qué le finges?

—Al rato platicamos de tu rebozo)&/(%&/)&=&.

Entraron los carros a la plaza y empezaron a desmontar todo, y el Saúl ahí enfrente, hijo de su madre, pensé ¿ahora qué hago? Cuando dijo la señorita Bertha, hija de la señora encargada del cine Roma:

—Tenemos un agua fresca para invitarle a todos nuestros excelentes actores.

Yo pensé, aquí mero, me voy al agua fresca y si no hay remedio, le digo a la señorita:

—Oiga, ese muchacho me estuvo dando lata desde que empezó el desfile. —Y ni hablar, lo menos raspado que sea posible. La señorita Bertha era hija de doña María, que era muy amiga de mi mamá y yo casi todas las semanas iba a

que me hiciera un burrito de sal. Nos quería mucho y yo pensé: si no me puedo librar sin raspones, pues que sean los menos posibles.

Llegamos al cine, nos dieron agua fresca y el Saúl ahí enfrente, muy retador. Yo lo veía de reojo con ganas de que hubiera desaparecido pero no desamparaba el punto. Ya estaba a un tris de decirle mi agonía a la señorita Bertha cuando la hija de la señorita Lía dijo:

—Ay, yo había hecho un agua de tamarindo bien rica y hasta ahorita me estoy acordando que la dejé en la casa.

—Tráetela, hay muchos que quisiéramos probarla —dijo la señorita Bertha.

Sí, dije yo para mis adentros, yo quiero. El agua de tamarindo siempre me hace daño, se me suelta el estómago pero en esa ocasión aparecía como mi salvación. Sí, que la traiga.

—Voy por ella, ¿me esperan?

—Sí —dijimos varios, yo el primero.

Pues fue por la jarra, son dos cuerdas, ojalá eso me diera algo de tiempo antes de verme obligado a exponer mi penosa situación. Llegó la hija de la señorita Lía con el agua de tamarindo; igual que siempre, se me hizo peor que mala pero era mi posible salvavidas, y lo fue.

Enfrente el Saúl me hacía señas con las manos de ¿qué pues? Pero yo ya no quería responder con nada para ver si dejaba las cosas por la paz. Y me volvía a decir “¿qué pues?” Nada, yo lo volteaba a ver por obligación. Luego expresé una sonrisa enorme de triunfador y se fue caminando para atrás así como diciendo “todavía tienes oportunidad si quieres”. Yo bajé la mirada y trataba de ignorarlo. Luego, entre los comentarios escuché a don Lupe Isordia, quien era el cobrador del cine:

—La viejita sin cabeza, la que vive en la casa cáida, se pone contenta cuando están crecidas las plantas de yerba-buena que están ahí en el patio.

De pronto mi pensamiento cambió 180 grados, eso que estaba diciendo era muy importante para la visita que teníamos planeada. Se me olvidó Saúl en un momento, si lo encontraba camino a mi casa le hubiera dicho:

—Yo no peleo con pendejos —y le hubiera rehuido a como diera lugar, pero no pelearía, le tenía mucho miedo, nunca debí de haberle contestado.

La música de la casa caída



Con esta nueva información, esperé que atardciera para salir a buscar a mis amigos y comentarles las novedades. Participamos en la rutina, escuchamos a los señores, les daban vueltas a las mismas historias de bravatas, en algunas les iba bien y en otras mejor. Les hice una señal a mis amigos para no esperar a que se fueran despidiendo los señores y nos fuéramos arrellanando los demás, porque “los demás” implicaba la visita siempre de otros cinco o seis aparte de los cuatro que formamos el equipo de la viejita sin cabeza. Cruzamos la calle y nos fuimos a contraesquina, siempre estaba desocupada, el lugar por tradición era siempre enfrente de la huarachería de Jesús Isordia, a las puertas de lo que tiempo después sería la tienda de un señor de Loa.

—¿A que no saben la información que traigo? —les anuncié.

—¿Qué, cuál información?

—Que la viejita sin cabeza se pone contenta cuando están crecidas las matas de yerbabuena del patio. Que hasta música se escucha.

—¿En serio, cómo sabes?

—Platicó don Lupe Isordia en el cine. Nos dieron agua fresca a los que salimos en el desfile.

Todos esperábamos la reacción de Betito, él siempre “llevaba mano”.

—Vamos a ver cuándo están crecidas entonces las matitas —dijo—, pero yo les quiero proponer que hagamos una cosa que nos va a dejar buen dinero. Eso lo hacemos antes de que crezcan las hierbitas.

—¿Y ahora cuál es el negocio, vamos otra vez a juntar tomatillos para que nos metan al bote o de plano para que nos amarren del manguito?

Estaban remodelando la presidencia municipal y echaron abajo el cuartito que la hacía de cárcel: un espacio de tres metros por tres con una reja de metal que se veía desde la calle. A quien metían preso pasaba la vergüenza de que no lo veía nada más quien no quería. Al pasar por la banqueta o desde la mitad de la calle se podía contemplar toda la cárcel y su contenido. Cambiaron todas las oficinas a una casa que rentaron frente al templo, pero claro, no podían haber encontrado una habitación con cárcel; entonces, un



acuerdo que se tomó en cabildo fue que si alguien tenía que ser encerrado, que fuera atado al manguito (ahí había un arbolito enclenque que aunque delgadito, sí resistía que amarraran a un cristiano y no se pudiera escabullir).

La venta de pasajo



—Nada de tomatillos, ahora vamos a donde está el dinero: al pasajo —nos propuso Betito.

—¿Pasajo?

—Sí, pasajo, es muy bien pagado por los ladrilleros. Yo vi antier que don Pasajo (así le decían al señor, igual que al producto, o mejor dicho al deshecho) le pagó a Chemita dos pesos por una arpilla que ni siquiera iba llena —remató Betito.

No era mala idea, pero deberíamos encontrar un buen lugar donde se hubiera acumulado eso para recogerlo.

—¿Cuatro arpillas de pasajo? —preguntó Briel—. Ni que hubiera mil burros en el pueblo.

—Por la gigantera pasan todas las recuas, las que no, por el camino del panteón; con que vayamos a esos dos lugares juntamos si no las cuatro arpillas, por lo menos dos sí —dijo convencido Jos.

Ya nada más faltaba yo de que le entrara al negocio.

—Bueno —les dije—, al menos en eso no nos acusan de rateros. Vamos haciéndole la lucha. Con suerte y la semana que entra ya podemos ir a la casa cáida.

—¿Cuándo vamos? —preguntó Jos.

—Mañana se me hace tarde —contestó Briel.

—Mañana hay clases, ustedes no van a la escuela —les reclamé.

—El sábado, sin falta —propuso Betito.

Así quedamos, el sábado después de desayunar, el que llegaba primero le chiflaba a los demás. Ése era un acuerdo tácito. Éramos vecinos pero nunca tocábamos a la puerta, siempre nos convocábamos con un silbido. El chiflido era como si se gritara “¿sales o me voy?”. Y era fácil tocar la puerta como cualquier cristiano pero había un compromiso no escrito, era una mayor obligación de camaradería, no cualquiera se ponía de acuerdo para visitar muertos.

El sábado, el primero en convocar fue Briel; salí yo y como si estuvieran detrás de las puertas de sus casas Betito y Jos porque ya venían. Traían su arpilla, yo no tenía, en casa había costales de pastura para gallina pero no era apropiado para el transporte de pasojo, sería como tomar atole en vaso, eso va en jarro. Les expuse mi situación y Betito dijo “ahorita”, y en dos minutos ya traía otra arpilla de repuesto.

—¿A dónde? —preguntó Briel.

—A la gigantera —propuso Jos—, está más cerca.

Llegamos, había pasojo pero nunca en la cantidad que nos habíamos imaginado; de todas maneras cada quien tomó un rumbo y fue recogiendo los que se iba encontrando. Después de una buena asoleada escuchamos el silbido que citaba a reunión. Caminamos hasta encontrarnos, con desconsuelo al ver cada quien lo que había conseguido juntar, muy parecidas las cargas, que apenas cubrían el asiento de las arpillas.

—¿Cuánto nos van a dar por esto? —dijo Jos con sus ojitos chiquitos y con su frente redonda llena de sudor.

—¿Dónde lo conseguirá Chemita? Aquí puede venir toda la semana y no junta más de lo que llevamos nosotros, ya nos lo acabamos —repuso Briel.

—¿Vamos al camino del panteón? —pregunté.

—No, si aquí no hubo, allá menos. Ahí se ve solamente el que van dejando los burros que vienen de la barranca. Tendríamos que irnos caminando hasta allá y no alcanza-mos a llenar una arpilla —dijo Betito.

—Pues ya hicimos el trabajo, vamos con don Pasojo a ver cuánto nos da por esto —nos propuso Jos, pensando en forma positiva.

—Pues vamos.

Caminamos hasta la ladrillera de don Pasojo y nos metimos como a nuestra casa:

—Oiga don —no le podíamos decir don Pasojo porque nos corretearía con lo que tuviera a la mano— ¿nos compra esto que juntamos? —le dijo Betito.

—¿Qué juntaron?

—Todo esto.

—¿Todo?

—Es poquito pero de algo ha de servir—. Betito era nuestro representante en los momentos más difíciles.

—Pues a mí me podría servir para taparme una muela —contestó don Pasojo de mala gana.

Al ver que el asunto no iba por buen camino, le dijo Betito:

—¿Entonces usted come de esto?

Vámonos, ya habíamos dado la vuelta todos, no pintaba bien el negocio.

—De eso ha de comer tu tiznada madre, muchacho baboso.

Ni hablar, para los negocios no dábamos una. ¿Cuál fue peor, la de don Chirulín o la de don Pasojo? Haciendo una

evaluación con la participación sesuda de cada uno, la peor fue la de don Chirulín porque ése sí se animaba a meternos a la cárcel (o amarrarnos al manguito) y los policías eran buenos para recibir órdenes. Don Pasojo ya sabíamos que podría pasar un coraje, pero aparte de maltratarnos no era capaz de seguirnos un mal. De todas formas quedó claro para nosotros que lo de negociantes no se nos daba. En apariencia, porque como dice el antiguo código egipcio escrito recientemente: cuando una puerta se cierra, otras se abren. Las dos siguientes semanas fueron excelentes para nuestras expectativas.

Las carreras de caballos



Una mañana temprano, después de desayunar escuché el conocido silbido de “sales o me voy”; por la frecuencia, entendí que era algo importante. Salí y estaban Jos y Betito, faltábamos Briel y yo, pero vivíamos en casas contiguas, con un chiflido nos dábamos por aludidos los dos. Salió Briel y al ser el último, preguntó:

—¿Qué pasó?

—Algo bueno, el sábado van a haber carreras —dijo Jos.

—¿Y ahora vamos a ser jinetes o qué?

—Jinetes no, pero vendedores sí —ahora respondió Betito.

—Pues no nos ha ido muy bien que digamos, ni siquiera más o menos en las últimas tratadas —les dije yo con seriedad porque eso era para tratarse con escrupulosidad y más por los trágicos antecedentes.

—En ésta sí nos va a ir bien —estaba muy convencido Jos y seguramente ya lo había platicado con Betito porque se veía que estaban acuatados.

—¿Y qué vamos a vender? —preguntó Briel, porque nosotros no estábamos convencidos, por lo menos de entrada.

—Vamos a vender algo en lo que no vamos a tener pierde: tostadas con salsa —dijo Betito muy firme—. Tus tías las hacen, nosotros las vendemos, si no podemos acomodar muchas, las que sobran se regresan. Así hacen sus vendedores, ¿o no?

—Pues sí, así hacen con sus vendedores, les dan su balde con tostadas y sus botellas de salsita.

—Listo, no hay pierde —dijo sonriente Jos.

—No pinta mal el negocio —les dije yo—, pero para que nos vaya bien, debemos vender mucho y para eso habrá que llevar desde temprano en las bicicletas y agarrar una buena sombra para que uno cuide la tina y los otros tres se vayan a la venta y estén regresando.

—Exacto, bien pensado —me apoyó Betito.

En la noche, antes de la plática nos ponemos de acuerdo, así fue como quedamos. Le estuvimos pensando y sí, no tenía vuelta de hoja, si vendíamos mucho, ganaríamos mucho, si no vendíamos, no ganaríamos nada. Ya oscureciendo, nos citó Betito a reunión, había cambios:

—Vamos a vender agua de limón —dijo—. Hace mucho calor y las carreras duran como tres horas y todo es en el puro sol.

—¿Y qué pasó con las tostadas? —preguntó Briel con preocupación, y es que seguramente ya había adelantado algo con sus tías.

—Pues que se van a vender agua y tostadas —dijo Betito—. Ahí les va: las dos cosas tienen ganancia segura pero si nos dedicamos a una cosa, vamos a dejar de ganar de la otra. Las tostadas, como quedamos, las llevamos en una tina grande, las cuidamos en una sombra de un árbol lejos de la gente y el agua también es gratis para nosotros porque sacamos agua del pozo Prieto en tres cántaras grandes, las llevamos en la parrilla de las bicicletas y las cuidamos junto

a las tostadas. Igual, uno se queda a cuidar todo junto y los otros tres a la venta.

—Yo sí le entro —les dije—, no le veo ningún problema. El agua nada más la sacamos del pozo Prieto, los limones son gratis porque en la casa hay dos árboles y llevamos todo lo que necesitamos, cada quien que lleve dos vasos.

—Falta algo muy especial, no es gratis, pero es muy barato y a la gente le va a gustar: a comprar hielo. Podemos encargarnos media barra de Tapa, la mandan en el camión y Jos que se lleve unos picahielos de la cantina de su papá —dijo Briel.

—Sí es gratis también el hielo —dijo Jos brincando—, yo lo consigo con mi papá. Los de la cervecería le dan bonos cada quince días, a veces un dominó, a veces medio cartón de cervezas, a veces una barra de hielo, lo que él escoja. Yo le digo mañana que les pida una barra de hielo y que nos deje la mitad.

—¡Se hizo la chica! —dijo Betito, haciendo referencia a las carreras cuando gana el caballo que estaba abajo en las apuestas.

Ése fue el inicio de las buenas noticias para nosotros; la siguiente semana de las carreras notamos que hubo un crecimiento de las plantas de yerbabuena que había en la casa cáida (diariamente la íbamos a revisar, si no podíamos ir todos, al menos iba un par del grupo).

Pusimos manos a la obra, cada quien fue haciendo lo que le correspondía de acuerdo con la división natural del trabajo: Betito consiguió dos bicicletas porque Briel no tenía, Jos y yo sí. Briel hizo el trato con sus tías de que el día de las carreras nos dieran una buena cantidad de tostadas y que además nos dieran preferencia porque era muy probable que otros vendedores quisieran ganarnos el paso. Jos le pidió a su papá que los del camión de la cerveza

le dejaran una barra de hielo como bono por sus ventas mensuales y que a nosotros nos dejara la mitad; consiguió también los picahielos (que no era menor cosa porque sin ellos, tendríamos una complicación mayor, igual a cuando se hacen las carnes asadas en el rancho y se les olvida la sal). Había recipientes suficientes y apartados para sacar agua del pozo Prieto. Cada quien cumplió el compromiso de sacar dos medidas de azúcar del tamaño de un pocillo, que era la medida que habíamos establecido íbamos a necesitar; nos acordamos hasta el final del azúcar, pero afortunadamente también cubrimos ese requisito. Todo listo. Decidimos empezar con los trámites a las diez de la mañana del sábado porque aunque estaban anunciadas para la una de la tarde, deberíamos tomar todas las providencias por si algo olvidáramos, que uno rápidamente en su bicicleta regresara al pueblo a resolver el problema. El lugar donde se hacían las carreras era en las Puertas Copetonas, no lejanas de las viviendas pero no tan cerca como para resolver un descuido en cinco minutos. Fuimos muy previsores y al final nuestro esfuerzo resultó más que compensado porque las ganancias superaron nuestras más altas expectativas. Luego nos reíamos de los desatinos que habíamos tenido con don Chirulín y don Pasojo. Habíamos meado fuera de la olla.

—Y una cosa —dijo Briel—, nada de pachorras ni de guandajeses. Todos tenemos que ser muy puntuales, a cumplir con lo que nos comprometimos y a disfrazarnos de gente ese día. Aunque te compren una tostada, te ven de arriba a abajo y luego no dejan de decir “mira, tan ricos y vendiendo tostadas”.

—¿Cuáles ricos? —reclamó Jos.

—No, no ricos, pero para criticar sí nos ven como millonarios. Mi papá tiene troca, como sacada del basurero pero es troca y ése es motivo para que hablen de uno —dijo

Briel con justa razón—. Tu papá tiene cantina, el tuyo carpintería y el tuyo un gallinero. No somos nadie cuando lo ven a uno pasar, pero cuando les ofrezcamos tostadas con salsa nos van a decir “ustedes tan ricos y vendiendo, eso déjenselo a los pobres para que coman”.

—Es cierto, pero vamos a entrarle a las cosas como ven- gan —dijo enfático Jos.

—Entonces, bien lavaditos y bien cambiaditos. Ah, y un asunto más: conviene que lleguemos antes de que pongan la cadena en la entrada porque nos van a querer cobrar —dijo Briel atinadamente, nadie nos habíamos acordado de ese detalle—. Ya estando dentro y con la mercancía, les decimos que no vamos a las carreras a apostar sino a vender. Siempre ponen a don Felipe, yo le llevo unas tostadas y estoy seguro que nos ahorramos lo del cobro.

Todo preparado, la noche anterior yo no podía dormir pensando en las cosas que nos podrían ocurrir y en otras diez que no, pero yo le daba muchas vueltas a la cabeza. Mi mamá siempre que le pedía permiso porque anunciaban carreras, me decía “acuérdate que ahí mataron a fulano de tal y que una vez un caballo le dio una patada a un chiquillo que iba como tú, nada más a ver y lo mandaron al hospital”.

El sábado antes de las diez ya estaban frente a la casa silbando Jos y Betito, bañados ni se parecían, se veían hasta de otro color. Jos tenía el pelo ensortijado y chiquito pero Betito parecía que traía una salea de borrego, ya mojado y peinado parecía que lo habían mandado a ofrecer flores al templo. Un asunto menor, no sé quién dijo que andar catrín significaba abrocharse hasta el último botón de la camisa, entonces, ahí vamos todos apretados del pescuezo y con el calor tan fuerte, las venas de la cabeza parecían salirnos.

—¿Listo? —me preguntaron.

—Listo. ¿No ha salido Briel?

—Sí, lo que pasa es que le prestamos la bicicleta y se metió para amarrar la tina con las tostadas, ya las tiene aquí en su casa.

Salió Briel, nos fuimos cabestreando las bicicletas porque Briel ya iba cargado y nosotros aunque llevábamos las ollas para el agua ya bien amarradas en las parrillas, no nos podíamos adelantar y dejarlo atrás. Caminamos hasta el pozo Prieto, llenamos hasta el tope las ollas y nos enfilamos contentos para las Puertas Copetonas. La bicicleta de Jos traía un artefacto de madera empotrado en la parrilla que hacía posible llevar dos ollas (o cántaras, como les decían los lecheros), una la llenamos de agua y la otra ya traía el hielo picado en pedazos grandes. Ya habíamos hecho el plan de que llegando a una sombrita, yo, que me iba a quedar a cuidar todo, iba a estar listo cuando me hicieran una señal de lejos para ir picando hielo y echárselo a una olla. No convenía distribuirlo todo porque se iba a desbaratar cuando lo estuvieran llevando a las ventas y no debíamos perder tiempo picándolo hasta que llegaran porque el mejor momento era el del mediodía, cuando el sol estaba en lo más alto y se antojaba tomar algo frío. Todo lo pensamos bien y el escenario que ideamos resultó casi a la perfección. Escogimos un árbol grande, no tan cerca de la meta porque ahí es donde se arremolinaba toda la gente, y no tan lejos porque acarrear las ollas grandes de agua y en varias ocasiones no era tarea fácil. El caso de las tostadas era más sencillo, aunque tuvieran que hacerse varios viajes, no era muy trabajoso.

No nos cobraron entrada, que era una de nuestras angustias; a Briel lo apoyaron sus tías para entregarnos primero a nosotros el producto y no nos ganaran la clientela. Lo del hielo salió como lo planeamos. Todo en orden. Como a la una de la tarde ya estaba la gran mayoría de

las personas que tenían que llegar, mis compañeros muy afanosos ofrecían sus productos y yo desde lejos veía que les iba muy bien. Me hacían una señal de que iban a ir por otra olla y yo rápido picaba más hielo y se lo iba echando a la olla que seguía, cortaba los once limones que habíamos acordado se le debían echar, no olvidé el exprimidor de la casa porque es muy diferente hacer ese trabajo para dos limones que para cien. Jos y Betito, que eran los de la venta de agua, siguieron al pie de la letra la petición de Briel de que no fueran guandajos y con mucha parsimonia pero sobre todo siempre dejándose observar, lavaban muy escrupulosamente cada vaso de agua que vendían para volverlo a usar con otro cliente. Todo a la perfección. Yo estaba muy atento cuando me hacían una señal a lo lejos y me daba mucho gusto cuando ya venían corriendo para surtir los pedidos. Decía como quejándose Betito, pero ya sabíamos que era broma:

—Hubiéramos traído 20 ollas, todas las venderíamos. No necesitábamos andarla ofreciendo, nos gritaban “agua, dame dos vasos”.

Se nos fue el tiempo muy rápido, supe que la carrera principal la ganó el Ciego de don Arnulfo López a la yegua de don Isabel, porque cuando salieron al otro lado, los hijos del señor estaban brincando y gritando. No hubo reclamación porque eso era muy común. Al final de la pista ponían a dos “vedores”, uno por cada bando, dos personas de la más alta reputación social, que fueran capaces de decir “perdimos” si el caballo contrario se veía pasar primero, porque los alegatos y los pleitos eran muy comunes en esos ambientes. Siempre, por honestos que se les pareciera, no querían quedar mal con el patrón y si perdían, decían: “yo los vi tablas”. Más difícil aún cuando algún caballo iba dando ventaja; por ejemplo, si daban “blanco” quería decir

que ofrecían de ventaja el tamaño del caballo como un plus, que al salir a la meta se alcanzara a ver todo el caballo por delante (por eso blanco). También había “medio blanco” y en aquellos tiempos que no se usaban las cámaras, se convertía en un verdadero circo el resultado de la carrera. Los pleitos por dinero eran colosales.

Se acabaron las carreras, terminamos todos exhaustos, hasta yo que hice menos trabajo que mis compañeros. Llegó el momento de la verdad: la contabilidad de las ganancias. Todo fue muy bien, excepto que de las tostadas solamente ganamos \$1.60 y es que no es lo mismo vender lo de nosotros que lo de otra empresa, se vendió toda la tina y no sobró una gota de salsa, pero a los vendedores les corresponde solamente un 10%. Fue muy buena la intervención de Jos que nos propuso la venta de agua, porque si no, hubiéramos presenciado el tercer acto de nuestra obra teatral: primer acto don Chirulín, segundo acto don Pasojo, y tercer acto las carreras de caballos. Pero la contabilidad de las ventas del agua fue más que buena: \$9:30 mismos que al sumarle lo de las tostadas nos dio un notorio total de \$10.90 mismos que al dividirlos entre cuatro, nos embolsamos \$2.70 y los diez centavos que sobraron los jugamos en un disparatejo. ¡Dos pesos con setenta centavos para cada uno, es decir, mucho más de los dos pesos que nos habíamos imaginado obtener con la recolección de tomatillos en la siembra de don Chirulín! Jajajaja, nosotros reímos más que los hijos de don Arnulfo López y merecidamente porque si ellos hubieran perdido la carrera, habrían tenido que sumar también los gastos que se le hacen a la cuida de caballos; lo nuestro fue muy bien pensado y las primeras ganancias que obtuvimos (por lo menos yo) en negocios. Aunque podíamos ahora sí regresar arriba de las bicicletas, como un acuerdo tácito nos fuimos cabestreando los

aparatos, riendo y platicando a gritos porque éramos los más felices del mundo, con nuestro buen dinero en la bolsa.

—¿Cuándo es la siguiente carrera? —preguntó Jos.

—Olvídense de las carreras —contestó Betito.

Todos lo volteamos a ver con admiración. ¿Cómo que olvidarnos de las carreras si ahí descubrimos el mejor negocio de nuestras vidas?

—Ya no van a ser negocio para nosotros —remató Betito—. Como ya nos vieron, para la siguiente van a andar 20 vendedores de tostadas y 30 con aguas de jamaica, tamarindo y no nada más de limón. ¿Quieren apostar sus ganancias?

—No —contestamos a coro—, tienes razón.

La visita a la casa caída



—La siguiente semana va a ser la visita a la casa caída, las matitas están creciendo —dijo Jos. Nos despedimos muy cansados pero más contentos que cansados. Ese día no íbamos a ir a la esquina, hasta el lunes.

En la siguiente vuelta que le tocó a Jos ir a quemar la basura de la cantina a la Villa nos invitó a que lo acompañáramos, el momento era ideal para dar un vistazo a la casa caída. Fuimos, dejamos el montoncito de basura ardiendo y nos asomamos a la casa, las hierbas ya estaban crecidas, era el momento, no había pretexto para atrasar la visita.

—Mañana venimos —propuso Betito. Nos quedamos callados, muy pensativos, era un momento que habíamos estado esperando por mucho tiempo y no podíamos echarnos para atrás. Yo ya ni pensaba en cómo zafarme como lo había planeado en muchas ocasiones. Me imaginaba que nos juntábamos y que Betito nos proponía “ahorita mismo” y que Briel, el más miedoso de los cuatro iba a decir “a mí la verdad sí me da mucho miedo” y entonces yo diría “si no vamos todos, yo no voy”, de esa manera le cargaría la culpa a Briel pero yo tampoco iría.

—Mañana —contestó Briel. Bueno, pues ahora sí yo ya no tenía ninguna manera de esquivar la responsabilidad.

—Mañana —remató Jos.

—Mañana —dije yo, pero la verdad ya no sentía miedo.

—A las diez les chiflo —encabezó Betito, como era de esperarse.

Quedamos a esas horas. Desayuné tranquilo, sin prisas, me puse tenis esa ocasión porque era un día especial, yo los usaba nada más para jugar futbol pero era mi calzado de gala. Silbó Betito, salí y ya estaba Briel; el único que faltaba era Jos. Yo les veía la cara a cada uno de mis amigos, les daba otra pasada y no se notaba ningún motivo de aflicción, ciertamente no nos veíamos tan contentos como cuando nos repartimos la venta de las aguas de limón y las tostadas con salsita, pero ninguno daba muestras de estar compungido y eso sí era mucho qué decir. Llegó Jos, con el mismo ánimo que los demás.

—¿Listos? —preguntó el mismísimo Briel, quien yo había pensado que iba a encabezar la diáspora.

—Listos —contestamos. No nos acordamos de llevar rosarios, ni de rezar ni nada por el estilo.

Eran como tres cuadras, pero por ese rumbo siempre estaba escueto. Nos enfilamos directo y entramos a la casa, pasamos por en medio de las hierbas, que eran muchas y que olían muy sabroso, eran unas plantas de yerbabuena que aromaban todo el ambiente. Había una escalera a medio destruir, cuando entrábamos a robar los zapotes yo lo que volteaba a ver siempre era la gradería porque era el único lugar por donde podría llegar la viejita sin cabeza para asustarnos. Betito sin ningún temor empezó a subir y lo seguimos. Entró a la primera habitación y saludó:

—Buenos días.

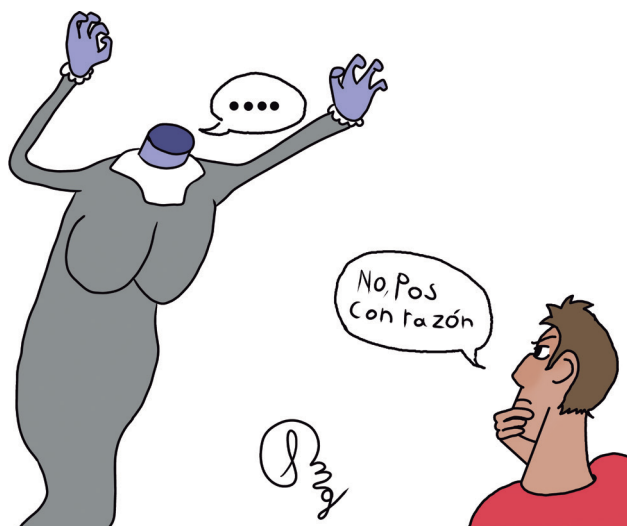
—Buenos días —le contestaron.

—¿Podemos entrar?

—Pásenle, siéntense.

Había una música muy hermosa, tocando bajito; lo primero que vi fue una mesita redonda, chiquita y enfrente, hasta la pared un tocadiscos. No eran canciones de las que escuchábamos en todas las casas, de Jorge Negrete, Pedro Infante ni Miguel Aceves Mejía, eran melodías como las que ponían en el cine Roma, bonitas, de buen gusto pero temas sin cantar.

No había mucha luz pero se veía todo limpio, a diferencia de la planta baja, que era un muladar como siempre lo habíamos visto. Betito se apersonó primero que nosotros y se sentó. Había dos sillones grandes como para tres personas cada uno, nos sentamos dos en cada uno. Salió la señora y era muy diferente a como me la había imaginado: tenía un vestido largo muy ampón que no dejaba ver las piernas. Estaba lleno de holanes y muchos moñitos, las manos muy delgadas y pequeñas como de niña chiquita, las uñas delgaditas y pintadas. La cara sí de viejita pero no tenía canas,



su pelo muy rubio y lacio, los ojitos muy pequeños y los dientes muy blancos, reía mucho.

—¿Les sirvo algo de tomar?

—Sí, gracias.

—Ay no —nos dijo—, no sé ni dónde traigo la cabeza, jijjijí.

A nosotros nos hizo reír mucho. La tomó con sus dos manitas y la colocó encima de la mesita que estaba frente a los dos sillones. No dejaba de sonreír.

—No me vayan a hacer cosquillas —dijo y se retiró a la otra recámara.

Betito nos dirigió una mirada cómplice y se acercó lentamente, caminando de puntitas a donde había dejado la cabeza y volteando para donde había salido el cuerpo, le agarró los lóbulos de las orejas y ella soltó unas risas como de niña. No eran fuertes pero continuas y pegajosas porque todos empezamos a reír. Pensé que habíamos cometido el error de pensar que iba a regresar el cuerpo y a reclamar que le había hecho cosquillas Betito, pero la que hablaba era la cabeza. Pero sus risas eran contagiosas y en lugar de asustarnos, estuvimos muy a gusto todo el rato. Llegó el cuerpo con una charola y unas tazas hermosas, bien pintadas, terminaban muy angostas de la parte de abajo y unas asas muy pero muy delgadas. La bebida debió haber sido un té porque olía muy rico y sabía muy sabroso, mejores no las he probado en mi vida.

—Les pedí que no me hicieran cosquillas —nos dijo a manera de un reclamo muy amable y eso nos movió otra vez a unas carcajadas sin control, que ahora sí dejamos salir.

Yo siempre pensé que no tenía pies, porque cuando caminaba no movía absolutamente nada las faldas, se me hacía imposible que no se cargara a un lado y a otro como hacen todas las mujeres, pero me dijo Jos que en la segunda

ocasión que la visitamos él le alcanzó a ver dos botitas chiquitas, de ésas que llegan casi a la rodilla, con muchos ojales y un cordón grueso. Yo hasta había sugerido que tenía llantitas en lugar de pies, porque cuando iba y venía a la otra recámara el vestido no se movía en absoluto ni hacía el menor de los ruidos.

—Oiga, queremos volar —le dijo Jos sin ningún preámbulo.

—¿Quieren volar?

—Siiiiii —contestamos a coro.

—¿Y qué han pensado para hacerlo?

—Nos han dicho que Salvador Villegas vuela, que se convierte en lechuza en las noches.

—Pues hablen con don Salvador.

—¿Y no se enojará?

—Una pregunta bien puesta no molesta a nadie.

—Queremos dinero —dijo Betito. Yo sentía como que no la dejábamos ni respirar.

—El dinero se consigue en mil lugares, tienen que dar algo a cambio, pero se consigue por todas partes.

—Pero lo queremos junto —otra vez Betito.

—Necesitan mucho esfuerzo para almacenar cantidades grandes.

—Vamos a ir con don Salvador Villegas para pedirle que nos enseñe a volar y regresamos otro día —le propuso Briel a la viejita.

—Visítenme cuando gusten pero no me hagan cosquillas, jijijijí.

El primer vuelo



Salimos muy contentos; la verdad, más contentos que cuando ganamos mucho dinero con las ventas en las carreras de caballos. Reíamos mucho en la calle porque ese logro no lo había obtenido nadie del pueblo, de eso estábamos seguros. Briel, que siempre era el más temeroso, también tenía una máxima que nos compartía y nos convencía por la elocuencia del conocimiento que lo respaldaba:

—Sin mitotear.

—Sí, tienes razón, porque nos meteríamos en problemas en la casa, con los vecinos, con el padre Jaime, con las catequistas y con todo el mundo por lo que hicimos —afirmó Jos razonablemente.

—Queda empeñada la palabra de cada uno —amenazó Betito. En esta ocasión no utilizó su frase predilecta que le escuché un centenar de ocasiones: “que quede el infinito sin estrellas”.

—Nadie debe decir de esto ni media palabra, ni dormido siquiera, esto se lleva hasta la tumba —les propuse.

—Hasta la tumba —remató Briel.

Una vez habiendo tomado el acuerdo, seguimos riendo y retozando de gusto por lo que habíamos hecho ese día.

Todo fue un verdadero logro, ahora deberíamos planear el siguiente paso: la visita a don Salvador Villegas.

—Yo digo que el lunes, ya en la tardecita. El señor baja al pueblo los domingos a comprar los avíos y lleva diario su cantarita de leche todas las mañanas a la camioneta ahí enfrente de la presidencia —nos propuso Jos y lo acordamos sin sopesarlo con otra propuesta. El siguiente lunes por la tarde.

—Salimos a media mañana como si fuéramos a la barranca, vamos a echarnos un baño a la presita de la Leonera y regresamos en la tarde y pasamos y le pedimos agua de beber —dijo Briel.

Así lo hicimos. Era como la una de la tarde cuando salimos y nos juntamos en la esquina del padre Lupe, llevábamos una bolsa como si fuéramos a ir a los mangos, habíamos pedido permiso cada quien y nos enfilamos para el lado de la barranca. Platicamos todo el rato de nuestros planes, había mucho sol pero todos usábamos sombrero, caminamos un poco más de una hora hasta llegar a la presita. Había mucho lodo pero eso no era obstáculo para aventarnos clavados, con el peligro de quedarnos con la cabeza atorada. Lo que sí podría ser un impedimento eran las sanguijuelas, ahí siempre había y cuando salíamos nos teníamos que estar quemando con cigarros en la horqueta porque se adherían a sacar sangre alrededor de los testículos y era poco menos que imposible despegarlas. Terminó nuestra faena y de regreso fuimos directo a la casa de don Salvador como habíamos quedado.

Era una chozita muy humilde con una barda de piedra alrededor y una puerta de madera con seis tablas gruesas. Tocamos y empezó a ladrar fuerte un perro. Don Salvador gritó desde dentro:

—No hace nada, está capón.

—De lo que tenemos miedo es de que nos muerda —le contestó Betito.

Vimos que salió el señor encorvado con su sombrero grande y fumando un cigarro de hoja. Hasta ese momento le vi la cara porque siempre nos habían alertado que él, siendo brujo, si alguien tenía la osadía de verle a la cara, lo convertía en animal. Nosotros, con las recomendaciones de la viejita sin cabeza, llegamos muy confiados.

—Con la molestia don Salvador de que si nos regala agua de tomar —le pidió Jos a nombre de todos.

—¿Quieren agua de tomar? Sí, claro.

Regresó a su casita y salió con un cantarito y dos jarros. El envase tenía el pescuezo largo, nos dio los dos jarros y él nos servía. Sirvió el primero, el segundo, y cuando se desocupó el primero, volvió a servir ahora a otra persona. Así tomamos los cuatro.

—Muchas gracias don Salvador. Tenemos otra molestia, fíjese que queremos volar, ¿usted nos podría ayudar? —le dijo en forma directa Briel.

—Agua les doy la que quieran, pero ayudarlos a volar, eso sí que no. Pueden volar los pájaros, pero ¿cómo van a volar ustedes?

—Pues pensamos que usted nos podría ayudar.

El señor se veía contento, nadie lo visitaba porque siempre se había corrido la voz de que era brujo. Ésa debió haber sido la causa de su muerte, porque apareció dentro de una milpa con un golpe en la cabeza pero nunca se supo del causante. Yo pienso que por las mentiras ésas que corrían de que hacía brujerías y como siempre se ha dicho que para que acabes con un mal que te hagan, se tiene que morir el que te lo hizo, alguna mala persona para terminar con una supuesta brujería, le causó su muerte.

—¿Han visto los aviones que avientan papelitos los jueves en las mañanas? —nos preguntó.

—Sí, claro, todos los jueves pasa bajito aventando volantes —le contestó Briel.

—Ese avión baja allá para la Leonera, donde está todo parejito, antes de llegar a la gigantera. ¿Por qué no van y le hacen un cale?

Nos quedamos estupefactos. Ahí estaba la clave.

—Es cierto don Salvador, tiene razón, eso vamos a hacer el jueves. Muchas gracias por el agua y por el consejo —le dijimos, haciendo caravanas como habíamos visto a los chinos en algunas películas, agachándonos casi hasta besar el suelo, muy contentos con la información.

Regresamos al pueblo como si no pisáramos, muy contentos con lo que habíamos escuchado. Las dos últimas semanas habían sido más que provechosas para el equipo. Habíamos logrado lo que nunca nos habíamos podido imaginar. Después de haber ganado un buen dinero con las ventas, de haber visitado a la viejita sin cabeza y ahora de contar con la información suficiente para cumplir nuestro sueño de volar, no faltaba nada. Teníamos razones suficientes para entrar al pueblo brincando como cirqueros. Nadie había logrado eso, nadie. Y lo más importante, nos portábamos como adultos serios y eso no era cualquier cosa después de escuchar a los señores cómo relataban sus supuestas bravatas. Cualquier matón de alto vuelo les quedaba corto según las historias que platicaban, y nosotros que habíamos logrado tantos avances, nos comportábamos con la disciplina y la discreción propia de un Papa.

No podíamos dormir las noches anteriores al jueves programado, pero eran de esos insomnios bonitos (si los hubiera) porque eran, me imagino, como las noches que pasan los enamorados esperando la hora de volver a ver a

la novia. Por lo menos yo así me lo imaginaba. Nos encontramos los amigos en la calle y teníamos otra cara; pienso que guardar el secreto entre varios y de algo de extrema relevancia era para sentirse con el pecho lleno de orgullo.

El jueves se me hacía tarde escuchar los silbidos de los amigos, me asomaba cada dos minutos a la calle a ver si ya estaba el primero para salir y esperar a los otros. Sentía que el corazón se me salía del pecho y estoy seguro de que mis compañeros de vuelo padecían los mismos brincos que yo. Salió Jos el primero, mejor dicho el segundo, porque yo estaba ya sentado en la banqueta de cemento que, a decir de mi mamá, me iba a producir almorranas porque pasaba mucho tiempo ahí. Me decía:

—¿Qué estás haciendo?

—Pensando.

—Nadie deja de pensar. Aparte de eso, ¿qué más estás haciendo?

—Esperando a ver si pasan vaquillas.

Ella sabía que me gustaba ver cuando pasaba el ganado en alguna ocasión de venta o por lo menos de trashumanancia, pero a mí me gustaba ver el paso del ganado.

—¿Listo Jos, les hablas a los otros?

Raudo y veloz les empezó a chiflar “sales o me voy”; como si estuvieran detrás de la puerta, salieron corriendo.

—¿Nos vamos?

—Nos vamos.

Ya sabíamos que debíamos cargar con una bolsa de ixtle para hacer como que íbamos a la barranca a los mangos, las ciruelas o la guámara. Nuestro sombrero cada uno, nos horquetamos en la bicicleta y Betito siempre traía dos, una para él y la otra para Briel, y nos fuimos.

En el camino íbamos como pajaritos en verano, no parábamos de gorjear, de bromear y de irnos atravesando

unos a otros en las bicicletas. Parecíamos los niños que éramos. El trayecto que normalmente se nos hacía larguísimo, ahora fue tan corto como si fuéramos a la casa caída, a tres cuadras. Llegamos a la Leonera, acomodamos las bicicletas en la gigantera que nos mencionó don Salvador y esperamos la llegada del avión. Como no teníamos idea de cuánto tiempo tardaría y haciendo un cálculo de que cuando volaba en Acatic era como a las once de la mañana, debería llegar a más tardar ahí a las diez y media. Pero nosotros llegamos antes de las once, con mucha holgura. Estábamos en la sombrita buscando insistentemente ver aparecer en el cielo el avión. No desesperamos mucho porque nuestra recompensa la tasábamos como muy grande, cuando gritó Briel:

—¡Ahí viene, ahí viene!

Volteábamos hacia el sur por donde pensábamos que debía llegar pero no lo veíamos.

—¿Dónde, cabrón? No es cierto —pensábamos que estaba bromeando al saber que era grande nuestra angustia.

—Allá viene —insistía.

Fijamos bien la vista hasta que observamos un punto negro muy lejano. No había ruido y eso era lo que nos hacía dudar más.

—Ahí está —dijo Jos y empezamos a creer.

Venía muy lejos, sí, sí era el avión, don Salvador tenía razón, el señor aterrizaba todos los jueves y éramos muy afortunados para presenciar el aterrizaje. El punto negro se fue convirtiendo en algo más grande y el ruido (que para nosotros era más importante porque eso le aportaba más realidad) se fue escuchando cada vez con mayor fuerza. De un momento a otro el ruido era mayor y el avión se enfiló hacia el camino que nos había dicho don Salvador.

—En el camino antiguo para la barranca aterrizó.

Se fue acercando y para nosotros todo era gozo. En un momento aterrizó y corrimos para que nos viera el piloto. Nunca imaginé que un aparato de esos hiciera tanto ruido. Nada comparable con su tamaño, que yo me imaginaba muy grande, del tamaño de un barco como los habíamos visto en las películas que ponía la Coca-Cola en la plaza. Era muy chiquito; yo creo que sin las alas, era del tamaño de la mitad del carro de sitio de Lalo Bravo. Un aparato muy pequeño pero que hacía ruido como para que se cayera el mundo. Otra cosa que me llamó mucho la atención fue el tamaño de las llantas, yo me imaginaba que eran como de tractor pero no, para mi sorpresa, eran poco más grandes que las de una carretilla.

Nos arrimamos cuando aterrizó y seguramente le causó admiración también al piloto porque no esperaba visitantes. Nos acercamos sin ningún temor y le gritábamos alegres. Apagó el motor y bajó. Era un hombre delgado y de pequeña estatura que no hablaba bien el cristiano pero nos atendió con toda la amabilidad, yo diría, mejor que como nos trataban los adultos en el pueblo, porque los niños éramos poco menos que insignificantes.

—¿Qué hacen por aquí?

—Nos dijeron que usted bajaba su avión todos los jueves en este lugar y queríamos venir para pedirle que nos lleve a volar.

—¿Qué los lleve a volar? Eso no puedo, es riesgoso para ustedes, son muy pequeños —estoy traduciendo porque en verdad hablaba muy mocho y esto es lo que le entendimos.

—No pasa nada, solamente queremos volar.

—Pero yo estoy trabajando.

Traía un bonete con unos lentes pegados, nunca habíamos visto algo parecido. Nos acercábamos y tocábamos el

avión porque nos emocionaba mucho ver algo tan extraordinario.

—A ver, si me entienden, tal vez los pueda ayudar a que vuelen conmigo.

—Sí, sí —gritábamos.

—Bueno, les voy a explicar, tengo que aventar los *fliers* —no entendimos eso pero no pusimos objeción—. Yo aterrizo siempre los jueves porque tengo que acercar los que traigo en la bodega. Cuando llego aquí es que ya arrojé una tercera parte y me faltan dos tantos pero no los alcanzo con mi mano. Si uno de ustedes se sienta atrás de mí, a una señal mía pueden ir arrojando los que yo les diga.

—Sí, claro, siiiiií.

Entonces dijo:

—Súbanse dos.

Y ahí fue donde sin explicación y sin consulta alguna, se acercaron Jos y Betito, los subió primero a una escalerita de barrotes que tenía el avión por un lado y cuando llegaron hasta donde pudieron, él los tomó por las axilas (primero a uno, luego al otro) y los acomodó en un asiento a los dos juntos muy apretados (bueno, eso lo supimos el siguiente jueves que nos tocó subir a Briel y a mí). Es decir, el lugar era para una persona adulta pero el piloto los acomodó a los dos y les explicó:

—Cuando yo haga una señal levantando la mano, ustedes van a abrir esta ventanita —la lateral que abría muy poco, como diez centímetros— y van aventando los *fliers* —luego supimos que los papelitos eran *fliers*—. Cuando se acaben este paquetito, voy a seguir para otro pueblo y ustedes van a acercar los que están aquí atrás y se van a poner listos para cuando les haga otra señal de que arrojen los que siguen. ¿Entendieron?

—Claro —dijo Jos—, ni que no fuéramos tan pendejos.

Subieron, cerró el señor el lugar donde los acomodó y luego abrió el otro lugar donde iba él, cerró por dentro, encendió los motores, de nuevo un ruido muy fuerte, dio vuelta el avión, tomó vuelo y empezó a subir. Increíble, no podíamos aceptar aún que eso fuera realidad. Luego se le empezaron a rasar los ojos a Briel y yo me hice como que no lo veía porque yo estaba igual. Me dio mucho coraje que Jos y Betito no propusieran una alternativa para ver a quién le tocaba subir, solamente se arrimaron y subieron sin previo consenso. Lloramos en silencio cada uno por su lado y esperamos a que regresaran. Debieron haber pasado como veinte minutos cuando empezamos a hilar una conversación. Yo creo que fue muy poco el tiempo porque empezamos a ver de nuevo la manchita negra a lo lejos. El ruido se empezó a escuchar y cada vez era más fuerte. Nos emocionó pero nunca comparable con la primera ocasión en que no se había decidido aún si nos iba a subir el piloto y sin haber decidido quiénes serían los primeros. Bajó el avión, aterrizó y ahora sin apagar los motores abrió la escotilla primero de él, luego la de nuestros amigos y los sacó igual que los había metido, tomándolos de las axilas. Bajaron sintiéndose dioses. El piloto levantó la mano en señal de despedida, cerró su ventanilla, dio vuelta nuevamente y se enfiló para el despegue. El ruido fue disminuyendo hasta el grado de perderse. Nuestros amigos gritaban de alegría, brincaban como cuando vendimos el agua fresca y las tostadas en las carreras. No paraban de reír a todo pulmón. Nosotros muy serios pero no lo notaron porque ellos estaban en lo suyo. Nos montamos en las bicicletas y nos fuimos platicando todo el camino, “platicando” es un decir, hablaban solamente ellos:

—Yo creí que me iba a vomitar.

—Cuando se dio las primeras jondiadas me asusté pero poquito.

—Nos hizo la señal y empezamos a aventar los *fliers* —ahora eran *fliers*, ya no hablaban de “papelitos”, cabrones.

Así fue toda la travesía hasta llegar al puente de Lino, ya en la entrada del pueblo:

—El jueves que entra les toca a ustedes —dijo Betito.

Menos mal, ya nada más faltaba que solamente ellos iban a gozar del descubrimiento que había sido de todos y no nada más de ellos dos. Nos dijeron “el jueves les toca”, pero nunca se dieron por enterados de que nos habían hecho menos. Briel y yo no dijimos nada por prudencia. En la noche fuimos a las pláticas de los azoros en la esquina de la cantina del papá de Jos y nos hacíamos como que no sabíamos nada porque era muy importante no soltar prenda. En eso habíamos quedado y lo cumplimos hasta el último día de nuestras vidas.

Nuestro turno



El siguiente jueves fue la fecha más larga que he esperado en mi vida. Contaba los minutos, no los días. Jos y Betito aparecieron como si nada en la mañana, traían la bicicleta que le prestaban a Briel y nos fuimos platicando a la Leonera como si nada hubiera pasado. La verdad yo estaba muy molesto con ellos pero no les di a maliciar. Me hice como si nunca hubiera pasado nada. Llegamos un poco más tarde que la semana pasada porque ahora conocíamos mejor el horario. Nos fuimos a una sombrita en la gigantera, la misma que la ocasión anterior y esperamos que se escuchara el motor del avión. Fue apareciendo más o menos a la misma hora y yo sentía que el corazón se me salía. Aterrizó, apagó el motor igual que antes, nos acercamos ahora Briel y yo, el piloto hizo el mismo trámite, nos abrió la escotilla de atrás, subimos hasta donde pudimos por los peldaños de metal que sobresalían en el costado del avión, nos tomó de las axilas y nos acomodó en el asiento trasero. Me lo imaginaba más pequeño pero no, aunque apretados, nos sentamos los dos, muy emocionados. Nos explicó lo mismo que a nuestros amigos:

—Cuando yo haga la señal ustedes empiezan a aventar los *fliers* —ahora todos les decíamos *fliers*— por esta abertura, ¿está claro?

Más claro que el agua, pensamos.

—Solamente lo de este paquete y cuando les vuelva a hacer otra señal levantando la mano, arrojan lo del otro paquete que está aquí atrás—. Hasta que volamos me di por enterado por qué era que nos hacía una señal y no nos decía verbalmente, por el ruido era imposible de escuchar a Briel, que iba sentado en el mismo asiento que yo.

Nos hizo un gran favor, el más grande que he recibido en mi vida, pero la verdad que eso era un proceso de los conocidos como “gana-gana” porque él se ahorra una aterrizada para recoger los *fliers* que le quedaban muy alejados de su mano. Pero claro, ni modo de reclamar o de pedir sueldo, jajajá.

El despegue fue lo que más me aterrorizó, pero fue un momento, cuando menos pensamos ya íbamos muy alto. No se veía nada al principio porque nos quedaba alto lo que era de cristal, íbamos muy apretados pero más contentos que nunca. Cuando llegó a un pueblo, nunca supe cuál, se inclinó para el lado donde iba Briel y se veía muy bonito todo, el templo, las casas por arriba, las calles, los animales que había en las casas. Estando arriba, como que el tiempo era más rápido porque desde que nos hizo la señal empezó Briel a aventar los *fliers* y yo le ayudaba en lo que podía porque tenía que ser por su lado. Cuando lo veíamos volar en Acatic, parecía que iba muy despacio y concentrábamos la mirada en el piloto con su gorrito con lentes, pero ahora que nosotros íbamos arriba, se me hacía muy rápido cómo llegaba de una orilla a la otra del pueblo, luego se inclinó para el otro lado y yo abrí la rendijita que nos dijo y empecé a hacer lo que nos dijo. Ahora Briel es a

quien le tocaba ir viendo mejor el panorama. Yo hacía lo propio y disfrutaba pero era mejor cuando la responsabilidad era para mi compañero. Si mal no recuerdo, hicimos dos pasadas inclinadas por cada lado, luego siguió volando a nivel y era muy poco lo que podíamos observar. Muy pronto llegó al otro pueblo, levantó la mano, golpeando el techo de cristal, inclinó el avión de nuevo por el lado de Briel, hicimos nuestro trabajo y disfrutamos como nunca en la vida. Se hicieron las dos pasadas, nos acabamos los *fliers* y regresamos a la Leonera; yo sentí como si hubieran sido cinco minutos pero Jos dijo que faltó muy poquito para una hora. El vuelo fue fabuloso y mucho tiempo después he creído que el hecho de que no platicáramos nunca a nadie lo hizo más interesante. Cuando se es niño, es casi imposible guardar un secreto y ése lo llevamos nosotros hasta la tumba. Tres hasta la tumba, Betito “se quedó en el avión” muy joven. Vivía pero era como un burrito, no hablaba nada, no volvió a ser el mismo. Me imagino que comía, porque no murió de hambre, siempre salía a sentarse en el pretil de la puerta de su casa pero nunca volvió a hablar, a no ser las incoherencias que balbuceaba.

Bajamos del avión y ahora éramos Briel y yo quienes brincábamos sin ton ni son, nos reíamos, gritábamos, queríamos explicarles a nuestros amigos lo que se sentía volar, aunque sabíamos que ellos lo habían hecho primero que nosotros. Hubo oportunidad de volar otras dos veces y en una ocasión nos avisó el piloto (nunca le preguntamos su nombre):

—Ésta fue la última, amigos. El avión no viene —ya habíamos dicho que no hablaba bien castellano.

Pues ésas fueron más que suficientes. Nunca, a nadie he escuchado platicar alguna experiencia de vuelo como las que tuvimos nosotros. Si hubiera sido algo natural, noso-

tros apantallaríamos a los niños y a los adultos en la esquina de los azoros, pero no era el caso, nunca dijimos nada relacionado con eso. Fue muy nuestro. La única ocasión en que pensamos que iba a haber un problema fue cuando estaban platicando las señoras en rueda en la esquina de la casa de donde acarreaban agua para el uso doméstico. Como eran muy pocos los días cuando había líquido, las mujeres aprovechaban para ponerse al corriente de todo lo habido y por haber en el pueblo. Se tocó el tema de los aviones y nos dijeron las señoras, no sólo la madre de cada uno de nosotros sino todas, porque era un acuerdo general:

—Nomás que los veamos leyendo esos papelitos.

Betito, Jos y yo volteamos a ver al mismo tiempo a Briel, ya lo estábamos escuchando decir:

—Se llaman *fliers*.

Pero entendió nuestras miradas y se quedó como palo. Entendió que no debíamos delatarnos. Cuando decían:

—Son mensajes de los masones.

A nosotros nos costaba trabajo aguantar la risa; si hubiéramos querido, nos habríamos quedado con 50 cada uno. Teníamos para aventar para arriba, aunque los aventábamos para abajo.

—Si llegan a traer alguno en la bolsa, se van al infierno.

Volábamos junto de ellos y por cientos. Y hablaban de la inocencia de los niños. Nosotros podríamos pontificar de la ignorancia de los mayores. Estoy seguro que éstos fueron los días más felices de mi vida. Cuando llegamos a adultos, no sé cómo se me fue yendo la vida tan rápido, siendo hijo único y al no haberme enseñado a trabajar la tierra ni a ningún otro oficio, a la muerte de mi mamá, que fue la última (mi papá había muerto tres años antes), agarré la tienda que dejó don Lupe en la esquina y me metí a gastar mis días

completitos: desde antes de las siete de la mañana y hasta las diez de la noche de lunes a domingo y sin días festivos.

Nos juntamos los amigos a platicar y convenimos en que pronto teníamos que visitar de nuevo a la viejita sin cabeza. El pretexto era siempre el llevar a quemar la basura de la cantina del papá de Jos. Lo hicimos de nuevo y entramos pero ahora como Juan por su casa porque ya habíamos roto cualquier protocolo.

—Buenos días —dijo Betito, era rutina que él encabezara siempre.

—Buenos días, ¿cómo les fue?

—Muy bien, ya volamos, don Salvador Villegas nos dijo cómo, pero no nos convertimos en lechuza, nos dijo que el avión que avienta *fliers* aterriza todos los jueves en la Leonera. Entonces fuimos y lo esperamos hasta que bajó y le pedimos que nos subiera, lo hicimos dos de nosotros y el siguiente jueves los otros dos. Nos invitó a seguir yendo —le explicó Betito detenidamente.

—¿Ya son felices entonces?

—Más que felices, ahora nos hace falta nada más dinero —le dije yo.

—Para eso no hay aviones, ustedes tienen que ir trabajando para juntar lo que necesiten. Si necesitan mucho, a trabajar mucho, no hay otra opción —dijo y se dio un respiro, luego nos preguntó—: ¿podrían traerme unas flores?

—¿Flores? Claro, nada más diga cuándo las quiere —se adelantó Jos.

—Cuando ustedes puedan ir a traerlas. De las que necesito hay muchas allá para el Carricillo.

—¿De las amarillas que se avientan en las fiestas de septiembre en la plaza, las que les dicen de San Nicolás?

—No, más adelantito, después del rancho del Mocho.

—¿De allá de las amapolas? —le preguntó Jos.

—Ésas precisamente, amapolas. Las tendrían que cortar temprano.

—¿Para cuándo las quiere y como cuántas? —le pregunté yo.

—El día que puedan y si es posible un medio costalito.

—Yo me llevo uno de la panadería —dijo Jos—. El sábado no hay clases y nos podríamos ir temprano.

—¿Les traigo un tesito para tomar?

—Sí, gracias —dijo Betito.

Ya nos sentíamos como en nuestra casa, al menos yo; no me había fijado que estaba puesta la música otra vez, muy bonita, toda la vida he buscado y no he vuelto a escuchar lo que ella ponía. Las del cine Roma sí me sabía algunos nombres, pero de la que ponía la viejita nunca supe cómo se llamaban y no le pregunté. Debió haber sido unos pocos meses después de esta visita cuando la máquina echó abajo lo que quedaba de la casa caída y nunca volvimos a saber de la viejita, de la música, de las amapolas, ni del exquisito té.

—Voy por las tazas pero no me vayan a hacer cosquillas.

Y nosotros empezábamos a reírnos antes que ella y Betito para pronto se levantaba y le agarraba los lóbulos de sus orejas y todos gritábamos de risa. Caminaba, ya había dicho, que siempre pensé que tenía rueditas porque el vestido no se movía absolutamente nada. Regresaba con una charola bonita, plateada y con cinco tazas, una para ella y otra para cada uno de nosotros.

—Ay no, no sé ni dónde traigo la cabeza —nos decía y volvíamos a reír mucho con sus ocurrencias.

Salimos otra vez contentos de la visita; nunca olvidaré el olor del té, lo hermoso de las melodías y las manitas blancas, bonitas, con uñas largas pero no eran de mal gusto como se las llegamos a ver a algunas muchachas.

Una cosa que no me he podido explicar es por qué nunca le he podido ver en mis sueños. Cuando dejé de fumar, yo creo que durante cinco años consecutivos a casi diario soñaba que fumaba. Pienso que el cuerpo reclamaba la nicotina y cada noche veía que encendía un cigarro en una fiesta y luego me ofrecían de otra marca y lo prendía con lo que sobraba del primero y fumaba y fumaba y fumaba. Pero a la viejita sin cabeza no la he podido ver en mis sueños. nunca, a mí me gustaría mucho. Un recuerdo que siempre tengo y de ahí nació la idea de volar, fue que me veía volando junto a mi abuelito en un barco, pero a la viejita sin cabeza, para mi desgracia no he podido soñarla.

El viernes por la noche nos pusimos de acuerdo para el siguiente día en la mañana ir a recoger el encargo de la viejita sin cabeza. Seguimos la rutina de siempre, salimos temprano, Betito consiguió una bicicleta para Briel y nos fuimos rumbo al Carricillo.

—La ida va a estar pesada porque era casi todo subida, pero de allá para acá, bien podemos arriscar las patas y llegar con el vuelo si quisiéramos hasta la plaza —nos animaba Betito.

Los trayectos más o menos planos, nos íbamos despacio, cuando estaba una pendiente pronunciada, bajábamos de las bicicletas y hacíamos el camino a pie. Cruzamos el zanjón donde había un ojo de agua dulce que las mujeres apreciaban mucho y llevaban para beber en las casas. No en cualquier lugar se podía sacar agua para tomar, para el uso diario sí, pero de esa calidad, en pocos lugares. Fuimos subiendo hasta el rancho del Mocho, que era donde se daban las flores de San Nicolás y finalmente llegamos a las amapolas. Había muchas, no fue difícil completar el medio costal que había conseguido Jos. Betito acomodó la carga en su bicicleta, que tenía una parrilla con un alambre

con resorte que no necesitaba lazo para asegurar la carga y nos enfilamos para el pueblo. Betito iba por delante para que nos percatáramos de que no fuera a tirar la carga. Tal y como había vaticinado Betito, nos horquetamos, arriscamos las patas y nada más ir pendiente del freno porque todo era pura bajada. Pronto llegamos al pueblo y dimos vuelta hacia la Villa. Siempre tomábamos la precaución de que no nos viera nadie entrar, porque los adultos eran muy supersticiosos. Betito propuso que entráramos con todo y las bicicletas porque no era viable que alguien las viera fuera, llamarían mucho la atención.

Entramos, saludamos, nos recibió la viejita como de costumbre en la planta alta, entregamos el pedido, ella muy contenta: “ay, dónde dejé la cabeza”, la entregamos y estábamos despidiéndonos cuando nos dijo:

—¿No quieren volar?

—Sí, vamos a ir otra vez el jueves —dijo Jos, a él le tocaba otra vez.

—No, volar ustedes solos.

—¿Solos, cómo? —le pregunté yo.

—Solitos. Yo les digo cómo. ¿Cuándo vienen?

—Mañana —dijimos a coro.

—Los espero. Que les vaya bien.

A volar



Ah caray, ésa no nos la sabíamos, ¿volar nosotros solos? Pues vamos a probar, nos pusimos de acuerdo, que ni falta hacía, y el domingo al salir de misa de ocho, ahí vamos. Claro, tomando precauciones de que no nos vieran porque teníamos nuestro secreto que guardamos muy bien todos.

Tarde se nos hacía que terminara el padre Lupe la misa de ocho. Salimos y en lugar de ir cada quien a su casa a desayunar, fuimos directo a la casa cáida. Entramos como de costumbre, ya estaba puesta la música, nos esperaba el té tan rico, la viejita sin cabeza parecía que tenía el mismo vestido, a veces cambiaba un poco el tono del color pero casi siempre era color cremita con muchos holanes y muy tupido de moñitos. Nos saludó contenta, tomamos la bebida y escuchamos encantados la música.

—¿Listos para volar? —nos preguntó.

—Sí, claro, listos y preparados.

—Bajen al patio, piensen que pueden, y vuelen.

¿Así de fácil? Pensamos, nada más “piensen que pueden y vuelen”. Confiamos porque siempre nos habló con la verdad. Bajamos, nos paramos en círculo entre las matas de yerbabuena que tenía en el patio, pegadas a la pared de enfrente de donde estaba la escalera, lo más retirado de los

zapotes. Nos veíamos unos a otros, parados esperando algo, no sabíamos qué pero como que necesitábamos alguna indicación. Estuvimos largo rato esperando lo que no sabíamos, estábamos perplejos, cuando de repente empezamos a ver que Betito se levantó del piso, muy poco, pero ya no estaba sobre el suelo, sus pies flotaban y los podía chocar uno con el otro, raspaban el suelo, pero ya estaba flotando, no estaba pegado al piso. Nos veíamos unos a otros pero no sabíamos qué hacer y ni siquiera qué decir. Betito tenía los ojos pelones del tamaño de un tostón de Cuauhtémoc, se levantó unos centímetros, luego subió más de un metro, lo veíamos hacia arriba, sin nada que lo levantara, solo, no lo creía él y nosotros menos. Estaba flotando, algo sucedió en nosotros porque eso nos dio confianza, si él estaba volando, nosotros podríamos, y seguramente el haberlo atestiguado nos obligó a creer que podríamos. Luego Briel se elevó casi a la altura de los zapotes. Los veíamos y no lo creíamos; entonces, casi al mismo tiempo Jos y yo nos elevamos. Fue una sensación imposible de describir con palabras, lo único que recuerdo es que sentía en la nuca como una presión fuerte pero bonita, como si alguien me apretara fuerte con una mano, me hormigueaba todo el cuerpo pero en especial la nuca, sentía una fuerte presión pero no había ningún dolor, era como si fuera corriendo arriba de un caballo muy fuerte pero sin ningún temor a caer, sin miedo a lo que venía.

Nos elevamos mucho, rectos, parados como si estuviéramos caminando; luego, no recuerdo quién fue el iniciador, pero nos inclinamos hacia delante como si estuviéramos acostados boca abajo, nos elevamos muchísimo, veíamos hacia abajo. Recuerdo que había muchas personas pero como están acostumbradas a ver hacia lo que tienen enfrente, no volteaban hacia arriba. Nosotros veíamos todo,

las personas, los corrales de las casas, las calles, los animales en las calles y los que tienen dentro de los corrales. Todo era muy bonito, entonces Betito abrió los brazos como lo hacen los pájaros, pero no lo necesitábamos, estábamos volando solos, movidos con el pensamiento todos; Betito subió repentinamente mucho más que nosotros, lo seguimos, volamos muy alto. Betito voló en línea recta como si fuera avión y lo seguimos, hicimos una formación como se veía que hacían las grullas, esos pájaros blancos que siempre dibujan una “V”, una va delante y las otras se acomodan en líneas verticales, unas tres o cuatro por cada lado. Hicimos la formación y seguimos al líder, Betito iba rápido y abriendo las manos como pájaro aunque no se necesitara porque de todas maneras volábamos. Se enfiló hacia la barranca y lo seguimos. Iba muy rápido y a nosotros no nos costaba trabajo seguirlo, todo lo dominábamos. Llegó hasta la barranca y bajó hasta las huertas. Ahí vimos a Elías Robledo cambiando el agua de riego de unos árboles para otros, Betito bajó y muy rápido chocó contra las ramas de unos mangos. Elías volteó asustado pero no vio de qué se trataba, fue muy rápido, a nosotros nos dio mucha risa y copiamos su acrobacia, chocamos fuerte contra otras ramas de los mangos, muchos cayeron por el encontronazo pero Elías no nos vio. Tampoco nos escuchó porque luego ascendimos rápido. Nos daba mucha risa. La sensación de volar es la más bonita de la vida, no hay nada que se le parezca, íbamos retozando como los caballos cuando los dejan sueltos en el campo. Subíamos y bajábamos repentinamente, el aire que sentíamos en la cara era muy bonito, no era fuerte, fresco, rico, era como cuando sale uno a la calle que está lloviendo y se sienten las primeras gotas en la cara, una sensación rica, fresca.

Luego fuimos a Támara, donde habían instalado hace muchos años la planta hidroeléctrica que generaba electricidad para Tepatitlán. Eran los años sesenta y hacía casi cuarenta años que habían construido esa planta de luz que había dotado de energía eléctrica a las casas de los pudientes de Tepatitlán y que habían aprovechado para colocar cuatro postes de madera en la plaza de Acatic para que también gozaran de ese beneficio. Ahí estaban los vestigios de los trabajos que habíamos escuchado que se habían hecho. Había muchas huertas también, de mangos, de ciruelas, de aguacates, de mandarinas, de guamúchiles. Alguien había hecho plantaciones de chiles, se veía muy bonito de lo alto. Betito nos hizo una seña como preguntando ¿ahora para dónde? Jos le gritó:

—A Calabazas.

Ese rancho era el más lejano de la plaza de Acatic, era propiedad de los Miranda y todos habíamos ido ahí cuando herraban el ganado. La visita era de recuerdos porque cualquiera iba y ayudaba en el herradero y al medio día siempre celebraban una misa y, al terminar, una comida y una borrachera para todo mundo. Nosotros no nos emborrachábamos porque éramos crías pero disfrutábamos del jolgorio. Había música, en muchas ocasiones bailaban las muchachas con los charros que tumbaban el ganado para que lo herraran. Era infaltable la birria de borrego, sabrosísima. Por eso Jos sugirió que voláramos hasta Calabazas. Además, volando todo estaba cerca.

Después de Calabazas, Betito nos hizo la seña como que “ahora hacia dónde” y en esta ocasión Briel pidió que voláramos al bordo del Carricillo, un reservorio de agua que surtía de agua “potable” al pueblo. El líquido llegaba entubado a Acatic pero por cada litro iba mezclado medio kilo de tierra. De todas maneras ésa fue la primera opción

que tuvimos como alternativa para no sacar a mano agua de pozos.

Volamos al Carricillo y allá nos divertimos volando bajito y asustando el ganado que pastaba ahí cerca. Me llamó mucho la atención de que nadie esperaba algo del cielo, como estaban acostumbrados los animales y la gente a voltear a nivel, nunca hacia arriba, entonces era fácil asustarlos y no se daban cuenta de que había gente volando sobre ellos. Al ganado cuando le pasábamos cerca y haciendo ruido se asustaba mucho y empezaban a correr, eso nos hacía más alegre el vuelo. Había una hacienda ahí cerca con muchos naranjos, entonces hicimos lo mismo que cuando asustamos a Elías Robledo, volamos bajito y muy fuerte a ras de las ramas más altas y al golpearlas hacíamos mucho ruido, asustando a la gente que estaba ahí cerca porque no nos podían ver pero al no esperar que se agitaran las ramas, los sacaba de concentración.

Pronto volábamos alto y no nos podían ver. Yo pedí que fuéramos para el lado del rancho el Venado porque los De la Torre ahí hacían también sus fiestas de herrar el ganado. Tienen una hacienda bonita, grande, con muchos animales. Íbamos llegando y Jos se puso a gritar:

—¡Pasojo, pasojo, pasojo!

—¿Pasojo, pues qué te picó? —le dije.

—Pasojo, hay mucho pasojo.

—¿Y cuál es la novedad de que haya pasojo en un rancho? —le dije a manera de reclamo. Nosotros estábamos volando y él se admiraba porque veía pasojo.

—Pasojo, hay que venir a juntarlo.

La venta de pasajo



No dio paso sin huarache. Aprovechó de que nos enseñamos a volar para proponernos que juntáramos pasajo. García Márquez en su *Otoño del patriarca* relata cómo la mamá del dictador le pidió que si iba a pasar por la esquina, ahora que iba a un mitin, entregara unos envases de refresco porque había dejado importe. Así me imaginé a Jos con su exclamo de “¡pasajo, pasajo!”.

Pero tenía razón, ya viéndolo en forma fría y por la cantidad industrial que pudimos observar “a ojo de pájaro”. Acordamos volver al otro día en las bicicletas para recoger todo lo que pudiéramos. Había una higuera del tamaño del mundo, ahí abajo y todo alrededor estaba tapizado, era una chulada de caca. Jos nos pidió que voláramos ahora hacia el cerro de San Antonio, donde hay muchas víboras de cascabel y los señores Carvajal las matan y las venden en Acatic para remedio. Aceptamos, fuimos rápido para allá, que está muy distante del rancho el Venado. El cerro es muy alto y yo sentí frío, por primera vez en el vuelo sentí que me helaba. Había muchos árboles, pocas casas y ganado en muchos corrales. Después de tantas vueltas decidimos regresar a la casa cáida.

Decidimos el siguiente sábado ir en las bicicletas al Venado y recoger pasajo. Salimos temprano porque no es lo mismo volar que ir por las calles y los caminos del pueblo. Tardamos poco más de una hora porque tuvimos que abrir como diez puertas que ponen los propietarios para que no entre o salga el ganado. La entrada estaba libre, acá no había ningún Chirulín; acostamos las bicicletas en el suelo y nos separamos muy cercanos unos de otros, a lo sumo a diez metros de distancia porque el producto parecía que se daba en racimos como las uvas. Debimos haber tardado otra hora llenando las arpillas, las atamos cada quien en su parrilla y regresamos al pueblo. Jos tuvo una idea que fuimos discutiendo sus muchas aristas que se iban proponiendo y desechando hasta llegar a un acuerdo: íbamos a pasar frente a la ladrillera de don Pasajo para que viera la cantidad y calidad de estiércol que fuimos capaces de recoger, no íbamos ni siquiera a saludar, pasando en fila india para que nos viera muy detenidamente, nos íbamos a hacer los desentendidos de que siquiera nos hubiéramos percatado de que él ahí estuviera. Habíamos desechado las propuestas más agresivas (que venían de Betito porque había sido el más agraviado cuando le quisimos vender la cantidad de pasajo de un asiento de arpilla), como la de decirle ¿cuánto nos da por todo? Y seguramente nos iba a contestar “pues unos cinco pesos”, ¿sabe qué?, mejor ahora vaya usted y tizne a su madre, no la quiere para taparse una muela, la quiere para bañarse. Pero no, en lo que sí estuvimos de acuerdo fue nada más en que viera todo lo que fuimos capaces de coleccionar.

Lo habíamos escuchado en varias ocasiones que decía le gustaba “echar jumata” (fumar) para darse un descanso en el trabajo. Íbamos a estar al pendiente en la esquina hasta verlo que saliera y se sentara en la piedra grande donde

acostumbraba recargarse y fumar. No tardamos mucho, apenas íbamos llegando cuando lo vimos salir. Muy bien, como quedamos, no dirigirle la palabra, nada más que nos viera pasar muy separados para darle un buen espectáculo. Así se hizo, Betito pidió ser el último para observarlo el mayor tiempo posible. Disfrutamos, no tanto como volar, pero sí que saboreamos la venganza del pasojo con don Pasojo.

De ahí nos fuimos al taller de David de Anda, que era el más grande del pueblo, era quien seguramente necesitaba más producto. Fuimos directo a su ladrillera frente a su casa donde sabíamos que lo encontraríamos. Ahí estaba.

—Don David, con una molestia, ¿no necesita pasojo del bueno? —Le ofreció Betito.

—No hay pasojo bueno, todo sale por donde mismo —contestó el señor.

—Pero éste está muy completito, nada de pisado, redondito, duro —agregó Betito.

—¿A cuánto lo venden?

—A dos cincuenta cada arpilla —le propuso Betito.

—Si me lo dejan a dos, me bajan un par.

—A dos cincuenta y las que quiera —Betito se veía buen tratante.

—Déjenme dos, está bien —aceptó don David porque en verdad que era buen producto; sacó de su billetera dos billetes de a peso y de su bolsa seis tostones de Cuauhtémoc, grandotes, bonitos, y más bonitos si eran de nosotros—. Mi hermano está necesitando, vayan a la esquina.

Caminamos otra media cuadra, encontramos a su hermano, le planteamos nuestro negocio y nos dijo:

—Yo puedo pagar a dos pesos, nada más.

—Gracias, vamos a ir con los Ruvalcaba, ya nos habían encargado —lo amenazó Betito.

—Bájenmelos ahí en la esquina, está bien —nos dio cinco billetes de a peso pero como que este señor era de éstos que les dicen “cuenta chiles” porque los traía más arrugados que las arpillas.

Excelente día, ganamos mucho dinero, casi lo mismo que cuando vendimos agua y tostadas en las carreras de caballos. Volvimos una mañana a visitar a la viejita sin cabeza, bajamos a nuestra plataforma de despegue pero antes de ascender, Jos nos hizo una proposición:

—Vamos a asustar a don Nico porque obligó a que mi papá le entregara treinta pesos dizque porque se los había pedido prestados en ese lugar donde juegan baraja.

—¿Pero asustarlo cómo y para qué? —le formuló esa pregunta Briel porque en realidad que no le encontrábamos sentido.

—Pues ahora que volamos, podemos pararnos en el techo de donde tiene su crianza de puercos, hacemos mucho ruido y le gritamos cosas para que piense que se le apareció un ánima y que pague al menos con un susto.

Nos hizo mucha gracia y nos pusimos de acuerdo. Para nosotros la actividad no representaba ningún problema porque no nos llegaría a ver nunca, y sí se nos hacía de importancia asustar a alguien que era abusivo con sus amigos. Además, porque era de los bravos infaltables con sus comentarios en la esquina de los azoros. Añadió Jos:

—Y también asustamos a...

—No, no, nada, si no somos el águila negra de las películas. Lo nuestro es volar y ya. No debemos comprar donde no nos venden —les dije yo, copiando a mi tío Manuel, que una ocasión lo escuché diciendo eso.

Salimos de acuerdo, nos preparamos para el despegue y en esta ocasión fue más fácil que la anterior porque ya sabíamos el caminito. Dimos una vuelta muy alta, pasamos

a sugerencia de Betito muy cerca de la torre del templo, nadie nos veía y a los únicos que logramos asustar fueron a los palomos que anidan en algún lugar cerca del reloj porque salieron haciendo mucho ruido con sus aleteos. Ya de ahí, inmediatamente a la casa de don Nico, como habíamos quedado. No esperamos mucho tiempo vigilando, cuando observamos que entró a las instalaciones cargando un costal de comida y un bote con agua. Por la facilidad que teníamos porque volábamos a nuestras anchas, empezamos a pisar las láminas haciendo ruido muy fuerte y ya me imagino la cara que ponía el señor porque sí que armamos un buen relajo. Y fingiendo la voz, empezamos a gritarle:

—Don Nico, devuélvale el dinero que le robó a Palomo, esos treinta pesos no son de usted, si no se los regresa se va a ir al infierno.

—No sea aprovechado.

—Si no los regresa, aunque se confiese, se va a ir al infierno.

—Nosotros vamos a estar vigilando.

Le gritábamos todo lo que se nos ocurría para hacerlo pensar que estaba siendo vigilado desde arriba. Solamente a Jos le tuvimos que hacer la seña de que no, así no, porque le empezó a gritar linduras:

—Viejo cabrón aprovechado, voy a jalarle las patas todas las noches hasta que devuelva el dinero que se robó. Hijo de su rechingada madre.

No, no, no, le hacíamos la seña nosotros, nos podría agarrar en la mentira porque se supone que así no se aparecen las ánimas. Pues el susto fue rápido y volamos para que no nos llegara a ver si se atreviera a asomarse. Su porqueriza estaba cerca del rastro, que tenía unos techos muy altos, bajamos ahí y nos podíamos asomar sin que nos llegaran a ver, ahí estuvimos mucho rato y no veíamos movimiento

alguno, hasta llegamos a pensar que ni siquiera nos había hecho caso. En eso vimos que entraba su esposa con dos baldes de agua y nos imaginamos que le había hecho falta para dar de comer, pero luego salió el señor y se bajó los pantalones, se había zurrado del miedo, jajajajá. Le aventaba los chorros de agua para limpiarle la caca, tenía las patas muy flacas y blancas, seguramente nunca se había asoleado en el mar. Regresó la señora con una cubeta más y con ropa limpia. Ya con eso, volamos y nos fuimos muy alto, casi nos ahogábamos de recibir tanto aire en la cara y no poder dejar de reír.

Por la noche, nos platicó Jos, con un gozo que le rebozaba hasta el pescuezo, que don Nico se había apersonado con Palomo y le había llevado sus cincuenta pesos que por error le había cobrado en la jugada de la baraja.

—¿Cincuenta pesos? —preguntó Briel— ¿no eran treinta?

—Pues con el susto le subió a la tarifa, a lo mejor pensó que se le iban a volver a aparecer las ánimas cobrándole de los intereses. Jajajajá —dijo Jos.

La felicidad de Lupita



Yo sentía que la vida me estaba dando muchas satisfacciones, nadie puede imaginarse lo que es volar, volar alto, rápido, sin esfuerzo, es la experiencia más maravillosa que una persona puede tener. Y nosotros, el grupo de amigos y siendo todavía niños, lo logramos. Entonces, un día que íbamos a traer agua del pozo Prieto, nos dijo Betito:

—Ya quedamos de que ni vamos a platicar nunca de lo que estamos haciendo y que tampoco vamos a invitar a ningún amigo para que participe de nuestras experiencias de vuelo, pero yo les quiero platicar algo—. Con su piochita en punta y sus dientes de ratón, pero en esta ocasión con ojitos lastimeros, nos propuso—: Vamos invitando a Lupita, ella está tullida, no habla, nada más balbucea, nosotros le entendemos porque ha estado toda su vida en mi casa.

Primero lo pensamos, no descartamos la propuesta aunque eso significaría rajarnos de lo que habíamos prometido, pero el caso de Lupita era muy especial. Lupita creció con una enfermedad que no sé cuál será el verdadero nombre pero en el pueblo decían que estaba tullida. Creía mucho menos que los muchachos de su edad y daba la impresión de que pesaba 10 kilogramos en todo su desarrollo. Para caminar, se levantaba con muchos trabajos y se

apoyaba en sus infaltables muletas ya todas viejas, casi de su misma edad. Hablaba muy pocas palabras y se notaba que le costaba mucho esfuerzo. Prefería no hablar con nadie a menos de que fuera absolutamente necesario y quedaba restringido a sus familiares. Siempre estaba sentada en una silla en el patio de su casa y en algunas ocasiones la sacaban a la puerta de su casa a ver pasar la vida. Todo el día estaba leyendo, lo hacía en la sombra y luego se movía con sus muletas al sol, luego a la sombra.

—¿Y quién nos garantiza de que no va a hablar si la enseñamos a volar como nosotros? —preguntó Briel.

—De que no platica, no platica, eso se los aseguro—. Y luego añadía su frase favorita—: “Que se quede el infinito sin estrellas” por si ella habla del asunto.

Para nosotros eso no era garantía de nada, pero sí creíamos en su palabra, sobre todo que si ella se pudiera comunicar con alguien de una manera un poco más fluida de como por naturaleza lo podría hacer, no se lo creerían. Pues, como siempre sucedía, las propuestas de Betito eran órdenes camufladas. Aceptamos, nos pusimos de acuerdo en que para la siguiente ocasión que fuéramos a la casa cáida, íbamos a llevar a Lupita con nosotros y previamente Betito debería irle adelantando algo.

Llegó el día más pronto de lo normal porque nuestro calendario iba más adelantado que el del común de la gente. Betito ya había preparado todo el camino, dijo en su casa que íbamos a llevar a Lupita a la barranca porque en el lugar conocido como el Tule había aguas termales y decían que bañar ahí a Lupita le haría bien para sus articulaciones. Luego nos dijo que le había preguntado su mamá:

—¿Y cómo la van a llevar, quién la va a cargar?

—Nos va a ayudar el tartamudo de los burros —había dicho Betito.

Jajajajá, nosotros reímos hasta que nos dolió la panza. Es que nos habíamos convertido en el peor enemigo del tartamudo porque tuvimos la mala fortuna de dedicarnos un tiempo a hacer lo mismo que los muchachos de nuestra edad: a burlarnos de quienes estuvieran más desprotegidos que nosotros y el tartamudo había sido una presa ideal. El muchacho se dedicaba a ayudar a su familia cuidando los burros que tenían y dirigía la recua cuando iban a hacer alguna entrega, podían ser mangos de la barranca, leña de roble de con don Silvano González, raja para su venta o cualquier otro producto. Nosotros siempre que lo encontrábamos, le empezábamos a gritar:

—Cuidado con los burros, son bravos, el de la camisa de manta hasta muerde, jajajajá —nos aprovechábamos y lo discriminábamos. Fuimos muy tontos aunque no lo reconocimos sino mucho tiempo después. Era lo mismo que hacían los muchachos mayores que nosotros con nosotros y considerábamos esas acciones como normales. Fuimos muy anormales.

Le preguntamos a Betito:

—¿Cómo se te ocurrió decir que nos va a ayudar el tartamudo de los burros?

—Pues ¿a quién más le deberíamos pedir ayuda para llevar a Lupita cargada y además bajarla a la barranca hasta el Tule?

Le dimos la razón, era un buen pretexto aunque en la realidad no nos acomodaba nada.

—Muy bien, dijo Briel, lo importante era decir algo creíble para que la dejaran venir con nosotros y que ella aceptara.

—¿Ya le dijiste todo a Lupita? —le pregunté yo.

—Ya lo sabe, pela unos ojotes como de lechuza porque no lo cree, pero cuando empiece a volar, creerá estar en el cielo —agregó Betito y tenía toda la razón.

Salimos caminando muy despacio el grupo porque se incorporó entonces Lupita, que iba con sus pequeños pasos apoyada con sus muletas, nosotros muy serios caminando alrededor de ella. Y todo se acomodaba para nuestro plan porque el tartamudo tenía sus burros en la misma colonia de la Villa donde estaba la casa caída, entonces si alguien le preguntara a los papás de Betito por qué iba Lupita con nosotros, les podrían responder que la habíamos llevado a la barranca a los baños termales para hacer algo contra su enfermedad.

—“La llevamos a que le piquen los animalitos” —le había dicho Betito a su mamá porque cuando está uno en las aguas termales, se sienten frecuentemente unos piquetitos y dicen que son de un tipo de animalitos que cuando hacen eso, inyectan un veneno que sirve mucho contra la artritis y las enfermedades relacionadas.

Íbamos caminando y le platicábamos por todo lo que habíamos pasado, escuchaba todo bien, pero tenía problemas para hablar. Cuando lo hacía, pronunciaba sílaba por sílaba y muy despacio. En el trayecto cuidábamos bien que no nos escuchara nadie y fuimos muy escrupulosos en hablar bajito.

Cuando estuvimos dentro, ya no había problema porque nadie más entraba. Subimos las escaleras como de costumbre y sin ningún tapujo. Tocamos la puerta de la planta alta.

—Adelante —nos dijo la viejita sin cabeza.

—Buenos días, venimos otra vez a visitarla.

—¡Mira, trajeron a Lupita! Bienvenidos todos, siéntense, les sirvo un tesito.

—Sí, muchas gracias.

Nos sentamos en los mismos lugares que en ocasiones anteriores pero ahora Betito y Jos le hicieron un lugar a Lupita al dejarle en medio de ellos. Cuando dejó su cabeza sobre la mesita y se fue su cuerpo sin mover las faldas de muchos holanes y moñitos, Betito se acercó a hacerle cosquillas en las orejas.

—Jijijí —se reía como siempre.

Luego Betito, volteando a ver que ya hubiera entrado el cuerpo a la otra pieza, nos dijo:

—¿Se fijaron, conoce bien a Lupita?

—Claro —contestó su cabeza—, desde que nació.

A nosotros nos dio mucha risa porque Betito siempre cometía el mismo error, dejaba que saliera, le hacía cosquillas en las orejitas y se asomaba como para que no lo escuchara el cuerpo.

Regresó el cuerpo con seis tazas ahora, en lugar de cinco, porque siempre era uno para cada uno, incluida ella. Puso la charola, cada quien agarró la suya, le pusimos azúcar, y como siempre, había un olor exquisito a yerba-buena del patio que combinaba muy bien con otro diferente del té. Nunca faltaba la música y Lupita como que estaba esperando eso porque le había explicado Betito con lujo de detalle sobre cada uno de todos los acontecimientos por los que íbamos a pasar.

—Fíjese que vamos a llevar a Lupita para que se bañe en el Tule y que le piquen los animalitos para ver si le baja su enfermedad.

—Buena acción que van a hacer, los felicito. No vayan rápido porque se puede marear.

—Claro, eso vamos a hacer, y vamos a bajar muy despacito.

Esa ocasión tomamos el té más rápido porque veíamos a Lupita con los ojos desorbitados y ya queríamos verla volar y observar su respuesta. Agradecemos como siempre y Briel tuvo la fortuna de preguntarle si no le hacían falta más flores del rancho de las Amapolas.

—No, gracias, me trajeron más de lo que necesitaba. Disfruten su vuelo.

Bajamos, nos acomodamos en círculo como lo habíamos hecho antes pero cuidando siempre de Lupita que debía hacer lo mismo que nosotros. Al principio yo pensé que si ella no lo creía posible, tal vez ni podría lograr despegar. Nos separamos un poco para dejar algo de distancia entre unos y otros, nos fuimos levantando despacio y Lupita pronto empezó a despegar también, nos emocionó mucho eso, tal vez igual que cuando nos elevamos por primera vez. Lupita dejó caer sus muletas, no las necesitaba y ahí nadie las iba a tomar; subimos despacio, todos viendo a Lupita, más alto y más alto, hasta que tomamos una altura considerable, entonces inclinamos nuestros cuerpos y nos dirigimos hacia el norte, directo a la barranca. Lupita dejaba salir una especie de quejido pero nada tenía que ver con algún dolor, era de gusto. Empezó a decir con su clásico balbuceo:

—Lu-pi-ta fe-liz, Lu-pi-ta fe-liz.

Y nosotros más felices que Lupita, lo habíamos logrado, fue maravilloso. Empezó Briel a dar unos giros muy rápidos alrededor del grupo pero nosotros no lo imitábamos para evitar asustar a Lupita y evitando que ella quisiera hacer lo mismo; ya nos había dicho la viejita que deberíamos ir despacio. Lupita no dejaba de repetir su frase: ¡Lupita feliz, Lupita feliz! Creo que Betito acertó con su propuesta de que incluyéramos al equipo de voladores a Lupita, nadie más que ella disfrutó de lo que nosotros ya habíamos hecho. Le íbamos diciendo:

—Ése es el rancho de don Jesús, ese ganado es de don Chabelo, aquél es el Zapote de los Jiménez, éste es el camino a la barranca y aquél otro, más descuidado, era el antiguo. Y ella disfrutando cada segundo, su pelo lacio le revoloteaba por toda la cara y hasta eso gozaba la niña. Decía que estaba feliz y es imposible que hubiera otra más dichosa en el mundo ese día que ella.

Llegamos al bordo de la barranca, fuimos directo hacia el Tule, ya conocíamos porque nos habían llevado en varias ocasiones los profesores en la escuela, pero ahora era más fácil ubicarse mirando desde arriba. No había nadie (en algunas ocasiones los espacios donde nos bañábamos no eran suficiente y teníamos que esperar, el cupo era para unas ocho o diez personas). Bajamos a un lado de la “alberca” (así le decíamos porque en forma natural por la cantidad de piedras acumuladas, se hacía una especie de presa donde el agua se acumulaba y era más fácil bañarse). Era un arroyo de unos cuarenta o cincuenta metros de largo desde el nacimiento y hasta su desembocadura al río Verde, pero que en ese espacio en particular las personas se podían meter y llegaba el nivel hasta arriba de la cintura. Nos quitamos todos la ropa, ya llevábamos preparado todo, con traje de baño cada quien, lo mismo Lupita, rápido nos desnudamos y fuimos entrando muy despacio porque el agua siempre estaba muy caliente y daba un tufo como a azufre, de ahí venía lo elevado de la temperatura. A Lupita la ayudaron Briel y Betito, fue entrando aún más despacio que nosotros. Seguía siendo la niña más feliz del mundo. Ubicó una piedra en la cual pudo sentarse, el agua le llegaba casi hasta el cuello y nosotros estuvimos contentos, tanto como ella.

Jos y Briel dijeron que iban a ir a unas huertas que estaban cerca, que nos iban a traer mangos porque ir a la barranca y no comer mangos era como ir a Roma y no ver al

Papa. Volvieron pronto, cuando íbamos caminando las distancias eran muy lejanas, pero ahora volando, llegaron muy rápido, trajeron mangos, ciruelas y unas limas muy sabrosas. Nos secamos en el sol porque no llevábamos toallas y la mañana fue maravillosa. Con calma y a un lado del arroyo de las aguas termales, bajo la sombra de los árboles, nos comimos lo que nos trajeron nuestros amigos y emprendimos el vuelo de regreso. Ascendimos despacio, cuidamos bien no ser vistos por nadie y nos dirigimos al pueblo. Regresamos un poco después de la hora de la comida pero no teníamos problema nadie de nosotros porque habíamos avisado que iríamos a la barranca a llevar a Lupita.

Descendimos despacio, la poca gente que se podía ver en la calle, como siempre, no nos veía. Bajamos exactamente donde estaban las muletas, nos sacudimos y antes de que Lupita pusiera los pies en la tierra ya le teníamos sus apoyos listos. No nos despedimos de la viejita sin cabeza porque ya era costumbre que cuando llegábamos de regreso no entrábamos a su sala en la planta alta. Nos fuimos de regreso a casa conversando regocijados y acordamos muy pronto regresar para volver a volar.

Debieron haber sido un par de días después cuando Betito nos dijo que Lupita quería ir a Temaca.

—¿Temaca, y dónde es eso? —pregunté.

—Es de donde traen la arena de río cuando construyen casas —dijo Briel, porque su papá tenía una troca y traía viajes.

—¿Y para dónde queda? —preguntó Jos.

—Pues vámonos informando y de que vamos, vamos —dijo Betito.

En eso quedamos. El encargo se lo hicimos, obviamente a Briel.

—Tú le preguntas a tu papá para dónde queda —le dijo Jos.

Pronto nos dio la información completa:

—Se van por Tepa, luego para un pueblo que se llama Valle de Guadalupe y después para Cañadas. Antes de llegar, hay que dar vuelta a la derecha y de ahí queda ya muy cerca —nos explicó Briel.

—Yo tengo un mapa del estado de Jalisco —les dije. Recordé que en el cajón del escritorio de mi papá había uno que se desdoblaba en muchas partes y se hacía muy grande; seguramente con eso y con la información de Briel nos podríamos orientar muy bien.

Así lo hice, lo saqué a escondidas para evitar preguntas inoportunas y ahora fui yo quien les chifló “sales o me voy”. Llegaron uno a uno y les dije que traía el material comprometido, nos fuimos al barrio de la palma porque en la esquina del canal siempre estaba muy escombrado. Llegamos, saqué el mapa desabrochándome los botones de la camisa, lo extendimos en una piedra grande que había en la esquina, que era donde las muchachas que venían del rancho se lavaban los pies y se ponían los zapatos domingueros cuando iban a misa. Ubicamos primero a Tepa, luego la carretera que lleva a Valle de Guadalupe, luego más arriba como a unos cinco kilómetros había un crucero donde se daba vuelta hacia la izquierda para ir hacia Cañadas. Antes de entrar a ese pueblo, se veía el señalamiento de un camino menos importante (a decir de lo ancho de ése en comparación con los que íbamos siguiendo) hacia la derecha. Había muchas curvas, por supuesto que a nosotros eso no nos interesaba pero sí los debíamos tomar en cuenta para los pasos a seguir.

—Está fácil —dijo Betito—. Y luego, si nos llegáramos a equivocar, podemos bajar y leer los letreros de los pueblos. Llévate el mapa por si acaso —dijo dirigiéndose a mí.

—Tienes razón —le contesté—, este papel se habrá de utilizar una vez cada venida de obispo en la casa.

Creíamos que teníamos ya todo listo pero no contábamos con que Betito nos tenía más información:

—Dice Lupita que quiere conocer una casa con una ventana de hojas azules, un templo viejito muy chiquito y dice que muy bonito, y un Cristo en una peña.

—Ah caray, ahora sí que nos puso a parir chayotes —dijo Jos—. Eso para nosotros es como pedirle una oración al diablo.

Tenía razón, eran muchos requisitos.

—Hacemos todo lo que podamos, pero le puedes preguntar específicamente ¿por qué quiere ir a esos lugares? —preguntó Jos.

—Yo le pregunto —contestó Betito.

Pronto nos tuvo la respuesta, dijo que Lupita había leído un libro de un sacerdote que había escrito unos poemas de ahí, que se llamaba Alfredo R. Placencia y que ese señor también había estado en Acatic en los tiempos en que había terminado apenas la Revolución.

—Ah caray, pues a esa niña sí que le ha servido la lectura pero a nosotros nos pone a sufrir —dijo Briel.

Luego nos platicó Betito con más lujo de detalle, porque son hermanos y estuvo mucho rato escuchándola en sus conversaciones lentas, que ese poeta cuando trabajó en el templo de ese pueblito escribía en la sacristía que tenía una ventana de hojas azules que tenían vista hacia un panteón muy viejito que estaba hacia el rumbo de un cerro que está enfrente. Que si queríamos nos prestaba el libro.

—No, no, no es necesario —dijimos a coro.

Que el Cristo de la peñita está como dibujado en unas piedras altas que están cerca del pueblo. Entendimos que la sacristía y el templo deberían estar a muy poca distancia, ¿pero la peña?

—Que todo se veía desde la sacristía —dijo Betito—, que primero debíamos ir al templo, luego a la sacristía, de ahí ubicar el panteón para imaginarnos la vista que tenía el señor Placencia y luego a preguntar de dónde se podría ver el Cristo de la peñita.

Todo arreglado, no parecía difícil el itinerario y en verdad no lo estuvo, todo fue cosa de ubicarnos en el pueblo y listo. En esa ocasión Lupita sí iba a volar con sus muletas porque íbamos a caminar en el pueblo. Nos pusimos de acuerdo, salimos como de costumbre caminando desde la esquina de los azoros hacia la casa caída en la Villa y caminamos muy despacio por nuestra acompañante y nueva incorporación en nuestros planes de vuelo. Entramos a la casa, subimos.

—Buenos días.

—Pásenle muchachos, me alegra que traigan de nuevo a Lupita.

—Pues es que ahora vamos a ir muy lejos, ella quiere conocer un pueblito donde vivió un escritor, y como ella lee mucho, pues vamos a tener un vuelo cultural —le comentó Jos.

—Ahora les traigo su té.

—Lupita, ¿te gusta la música? —le pregunté y asintió con su cabecita como de muñeca.

—Está muy bonita, igual que la casa, está muy limpia por dentro y tiene muchos adornos. Por fuera pareciera que no hubiera nada —agregó Jos.

—Jijijí —empezó a reír la viejita, entró el cuerpo con la charola y las seis tazas como la última vez.

Tomamos despacio el brebaje, lo disfrutamos como siempre y nos despedimos. Bajamos a la plataforma de despegue, hicimos círculo y nos fuimos elevando despacio. Ya era rutina. Subimos alto, nos encaminamos ahora hacia el oriente, no al norte como cuando íbamos a la barranca. Como volábamos muy alto, pronto alcanzamos a divisar las torres del templo de Tapa, no seguimos el camino recto porque sabíamos que debíamos rodear y tomar hacia la izquierda, la carretera se veía perfectamente, el aire nos golpeaba la cara y a Lupita le sacudía muy fuerte el cabello. Parecía que eso le fascinaba. Ahora íbamos más rápido porque el viaje era más lejano y como nunca habíamos ido, pensábamos que podríamos tardar mucho y no convenía por ningún motivo que regresáramos cuando estuviera oscureciendo. Cruzamos un pueblo y Jos preguntó:

—¿Ese es Valle de Guadalupe?

—No, le contesté, ése es Pegueros, California —es una pequeña localidad en la que la mitad de las familias vive en Estados Unidos y la otra mitad se queda a cuidar las casas, por eso le dicen “Pegueros, California”—. Más adelante está Valle de Guadalupe, pero llevamos buen tiempo, vamos muy rápido.

Se veían muchos cuerpos de agua, siempre pensé que eran lugares muy secos, pero los rancheros habían trabajado mucho por varias generaciones para hacer menos difícil la vida en el campo. Pronto divisamos las torres del nuevo pueblo y supusimos que era el Valle de Guadalupe. Yo me había aprendido la forma de las calles, primero un puente a la entrada, luego, a dos cuadras cerraba la carretera en la plaza y se tenía que dar vuelta a la derecha e inmediatamente a la izquierda. Así estaba como las había aprendido. Entonces seguimos sobre la carretera, aunque sabíamos que pronto debíamos doblar hacia la izquierda,

sentíamos la obligación de continuar sobre el camino para no extraviarnos queriendo tomar atajos. Llegamos al nuevo cruce, giramos y seguimos directo hacia Cañadas. Antes de entrar (aquí no había puente), dimos vuelta hacia la derecha y adelante aparecieron las curvas que habíamos observado en el plano. Era una barranca pequeña, mucho más pequeña que la del agua termal en Acatic, pero sí, llena de curvas y aquí sí podían transitar las trocas, cosa que no se podía hacia el Tule.

Vimos el templo de lejos, se veía bonito, como nos lo habíamos imaginado. Ahora teníamos que ir preparando el descenso porque aunque se podía observar que había pocas construcciones, no podíamos bajar como si nada. Betito nos señaló un lugar que se veía escampado, tenía muchos árboles alrededor y pronto supimos que era un campo para jugar beisbol, bajamos sin ningún problema. Volteamos para percatarnos de que nadie nos había visto y caminamos hacia el templo que estaba a dos cuadras. Íbamos despacio, al paso de Lupita, llegamos al atrio, nos sentamos en una pequeña banca que había, conversamos un rato, luego entramos al templo, estaba muy bonito, la gente le había dedicado mucho tiempo y esfuerzo para mantenerlo pulcro. Nos sentamos en una banca, en silencio. Luego salimos dirigiéndonos a la sacristía, que ya habíamos ubicado que se localizaba a media cuadra de la puerta principal del templo. Ahí empezaba esa calle, fue fácil saber cuál era el edificio que buscábamos pero para estar seguros le preguntamos a un señor que estaba sentado en la esquina con un bordón y una barba muy larga:

—¿Ésa es la sacristía?

—Esa mera.

—¿Ahí es donde escribía el señor Placencia? —le pregunté.

—Ahí mismo.

—¿No hay una ventana de hojas azules? —le preguntó Betito.

—No, ésas hace como cincuenta años que las cambiaron, yo las conocí.

Le estábamos haciendo el trabajo a Lupita porque a ella le habría costado mucho esfuerzo entablar conversación.

—¿De ahí se veía el panteón? —preguntó Betito.

—El viejito, sí, de ahí se veía. Ya no se puede porque a la casa de enfrente le pusieron una barda muy alta, pero de ahí se veía —nos explicó de manera muy diligente el señor de la barba—, si ustedes caminan unos pasos ahí a la esquina, se ve hacia arriba el pórtico donde estaba el “descanso” que ponían a los muertos antes de enterrarlos.

Hicimos como nos dijo y sí, se veía en un ascenso pronunciado el pórtico del panteón “antiguo”. Ya nada más nos faltaba resolver lo del Cristo de la peñita.

—Oiga ¿y dónde se puede ver el Cristo de la peñita?

—El Cristo de Temaca —nos corrigió—. Caminen hacia aquella otra esquina y de ahí enfrente se ve. Pero si alguno de ustedes está en pecado, no lo va a poder mirar. Hay gente aquí que tiene viviendo cincuenta años y no lo ha podido ver. Suerte para ustedes.

Caminamos hacia donde nos dijo, ahí estaba la peña, ahí se podía pergeñar algo. Nosotros tuvimos la gran facilidad de que al regresar, nos acercamos hasta tocar la roca. Vimos la figura, Lupita encantada y nuestro día fue redondo.

Antes de regresar volando, nos sentamos en una banca de la plaza, dicen que ahí hace mucho calor pero ese día estaba fresco. Compramos unas paletas, las degustamos ahí sentados, volvimos a entrar al templo, pasamos por última vez donde estaba la ventana de Placencia (ahora de color

café pero seguían siendo de madera) y volvimos al campo de beisbol para despegar tranquilamente. Volamos hacia la imagen del Cristo de Temaca en la peñita, nos sentamos a unos pocos metros de distancia y pudimos apreciar que sí, que con mucha imaginación se podría pensar que ahí había una imagen del redentor.

Volamos ahora sí cumplida la misión, tomando la misma ruta de regreso para no extraviarnos; Lupita no paraba de repetir como lo hizo en su primer vuelo:

—Lu-pi-ta fe-liz, Lu-pi-ta fe-liz.

Regresamos de ese último vuelo. Y sí, fue el último, lo supimos dramáticamente poco tiempo después. Briel venía haciendo peripecias: subía, bajaba, daba vueltas alrededor de nosotros, se adelantaba un buen trecho y regresaba pasándonos muy cerca. Repetía esas ocurrencias una y otra vez.

Descendimos junto a la yerbabuena de la casa caída, revisamos que estuviéramos presentables porque con el ajetreo no nos habíamos dado cuenta si nos faltaba algo, pero nada, todo estaba normal. Lupita nunca soltó sus muletas. Regresamos caminando a nuestras casas y nos despedimos como era de costumbre: en la esquina de los azoros.

Al otro día Betito nos mostró un libro muy viejo, amarillento, ya sin portada. Era con los poemas de Alfredo R. Placencia; nos leyó la primera estrofa del poema “El Cristo de Temaca”:

Hay en la peña de Temaca un Cristo.

Yo, que su rara perfección he visto, jurar puedo
que lo pintó Dios mismo con su dedo.

Luego nos leyó la entrada del otro poema: “El cementerio de Temaca”:

Sobre un fondo de luces, donde soberbio revienta el día, o de polvo de estrellas, cuando es de noche, tal se destaca sobre el cerro de enfrente, callado y grave, como un vigía, el viejo cementerio de mi ignorada, pobre Temaca [...] Abierta mi ventana de hojas azules que da al oriente, voy a cumplir dos años de verlo casi de hito en hito.

Nos emocionó leerlos y saber que ésa fue la razón impetuosa por la que Lupita quería que voláramos para ese pueblo desconocido para todos. Antes de despedirnos, Betito me entregó el libro y me dijo:

—Lupita pidió que te lo entregáramos a ti.

Se me puso la carne chinita, lo acepté de muy buen agrado y lo guardé en el cajón del escritorio de mi papá, en el mismo lugar donde había regresado sano y salvo el croquis del estado de Jalisco en el que nos habíamos basado para planear el itinerario de vuelo. Del último vuelo.

No habíamos terminado todavía de saborear los viajes y el secreto, cuando una mañana, temprano, porque todavía no desayunaba, escuché los silbidos de los amigos “sales o me voy, sales o me voy, sales o me voy”; no terminaban de chiflar el primero cuando ya estaban empezando el segundo, el tercero. Nunca había escuchado tanta insistencia y me imaginé que había sucedido algo terrible; cuando salí, solamente constaté lo que pensaba:

—¡Tumbaron la casa! —gritó Jos. Ya estaban los tres en la banqueta de enfrente.

—¿Cuál casa?

—Pues la casa caída —dijo Briel.

—¿Que tumbaron la casa caída? —pregunté lo que parecía confuso pero que habían sido muy claros.

—Tumbaron los zapotes, dejaron todo pelón, no dejaron ni la yerbabuena. No hay rastros de nada —explicó Betito.

Sin que ninguno propusiera que fuéramos a ver, empezamos a caminar y a los pocos pasos a correr y llegamos sin parar hasta el lugar. Estábamos llorando todos, como cuando reíamos volando, ahora llorábamos sin parar. Ni siquiera guardaba parecido de lo que veíamos con lo que supimos que había antes. Con una máquina, dejaron todo parejo, no había un solo terrón que resaltara. Nos sentimos abandonados y lo peor de todo es que no teníamos la más mínima posibilidad ni de preguntar o de explicarle a alguien que ahí vivía una señora que era nuestra amiga y que nos había enseñado a volar. Estábamos perplejos y para colmo de males en esos momentos iba pasando el tartamudo de los burros, que nos gritó al vernos llorar:

—Pu-pu-pu-putitos.

Nos lo teníamos merecido, nosotros habíamos sido muy ingratos y abusivos con él. Pero en ese momento eso nos interesó poco, lo importante era el motivo de nuestra pena. Fue el peor día de nuestra vida; seguimos caminando hasta el zanjón de las Paredes para platicar un momento sin que nos viera la gente que pasaba.

—¿Y qué habrá pasado con la viejita sin cabeza? —preguntó Jos.

—Ni siquiera le llegamos a preguntar cómo se llamaba —se lamentó Briel.

—Ojalá hubiera volado antes de que tumbaran la casa —les dije yo a manera de consuelo pero no me sentía convencido de mis propias palabras. Nos dijo Betito:

—Quise volar antier y no pude —no dejábamos de llorar y no nos avergonzábamos porque la pena era común.

—¿Qué podemos hacer? —nos preguntó Jos.

—Nada —dijo Briel, sin levantar siquiera la vista.

Estuvimos cerca de una hora, nos limpiamos la cara, salimos cabizbajos pero ya sin lágrimas y nos fuimos de regreso sin decir una sola palabra hasta nuestras casas.

Seguimos cada quien nuestras vidas, el tiempo pasó muy rápido. No recuerdo haber escuchado otro silbido de los amigos como unos tres o cuatro años después. Estaba desubicado, sonaron unos silbidos; hacía tanto tiempo, que no pensaba que fuera a mí a quien buscaban, pero con la insistencia, me asomé a la puerta, ahí estaba Jos, le dije:

—¿Qué pasó?

—Perdimos a Betito.

—¿Cómo que perdimos a Betito?

—Lo trajeron de Estados Unidos, que dormía bajo los puentes, no conoce a nadie, “se quedó en el avión”, como dicen —me explicó.

—¿Dónde está?

—En su casa, ya tiene como ocho días pero ni siquiera nos habíamos dado cuenta. Que antier lo sentaron en la puerta y de todos los que lo saludaban a ninguno conoció y que ya no habla nada, bueno, que dice puras cosas que no se le entienden —me confirmó—, está peor que Lupita.

Una mañana lo vi ahí sentado en el pretil de la puerta, pasé y constaté con mucha tristeza lo que había escuchado. Ahora fui yo quien le chifló a Jos con el temor de que no me escuchara, porque el peor de los cuatro para eso de silbar era yo, me decían de broma “tu chiflas como culito de gallina”. Salió Jos, nos acercamos, le empezamos a platicar y nunca llegó a mirarnos, en momentos como que se reía pero nada tenía que ver con nosotros, decía algunas palabras pero sin ningún sentido. Nos despedimos Jos y yo y quedamos de esperar que regresara Briel de algún viaje para juntarnos los tres. Eso sucedió muy pronto y para nuestra

desgracia, solamente para constatar que habíamos perdido a dos, no a uno. Briel se veía totalmente normal cuando lo invitamos a platicar, pero lo que vimos nos desilusionó mucho.

—Sí —nos dijo—, vamos a la plaza.

Nos sentamos en una banca con mucha sombra, bajo el árbol que coleccionaba cuervos y tenía tapizada de blanco toda la circunferencia del alcance de sus cagarrutas, “ojalá fueran pasojos”, había dicho Jos.

—¿Ya viste a Betito? —inició la plática Jos—, está ido en su mundo, “se quedó en el avión”, le platicas y como que no te escucha, no te voltea a ver, no sabe quién eres.

—Ahorita ando por la ruta de Mazatlán —contestó el Briel—, salgo de Guadalajara y no paro hasta allá. Me echo un par de pastillas de las que vende el 18 —antes ya nos había platicado algo de su trabajo, que los compañeros choferes, como si no tuvieran nombre, todos se ubican por el número que registraron cuando los contrataron—, con ésas, no duermes nada en dos días seguidos. Si no tomas de ésas, te estampas en cualquier lado, y peor aún porque yendo para allá, tienes que pasar Plan de Barrancas, hay muchas curvas. El camión que traigo no es que digamos nuevo, pero lo traigo al puro centavo. Mal como el 42, se durmió y se fue hasta mero abajo, no supieron de él en dos días, nomás no llegó al destino y no sabían dónde había quedado. Yo me paro en algún restaurant a tomarme un cafecito pero es puro trámite, nada más para desentumirme porque con esas pastillas no duermo nada. Hace una semana subí la Rumorosa, eso sí que es para los meros machos, es el mismo infierno porque vas manejando y estás a más de cuarenta grados, un calorón, a sude y sude y tienes que chingarle pa'l maíz porque no hay de otra. Yo iba subiendo y el camión que se me sentaba en cuarta, a puro dual y dual, duro y

duro, si te quedas ahí, nadie te ayuda. Nosotros vamos hablándonos por radio para saber cómo vamos pero de que nadie te ayuda, nadie te ayuda.

—Oye Briel, ¿no has visto a Betito? —le insistió Jos, parecía que no nos había entendido.

—Con el que me la llevo bien es con el 14, con ese compa sí, como dice el dicho “con amigos a robar, con pen-dejos ni a misa”, nos hablamos por el radio, quedamos de vernos en algún restaurant cuando nos vamos a encontrar y nos echamos unas cervezas. Nombre, mano, hasta el otro día nos la amanecemos. Es bien jalón ese cuate, es de acá del lado de Guanajuato, con ése sí me la llevo bien. Al que no me gusta ni verlo, es al 31, ése una vez me dejó tirado acá para Salamanca, le avisé que se me habían tronado dos llantas, cuando es una, pues te podrás aventar tu buena sudada pero de que la libras, la libras, pero cuando se te truenan dos, ahí necesitas ayuda por fuerza. Le hablé, venía cerca y cuando pasó nomás volteó y me vio, ni siquiera adiós me dijo. A ese cabrón que ni me lo vuelva a encontrar, porque yo siempre traigo fierro —nos hizo recordar a los bravos de la esquina de los azoros, éstos mataban, enterraban y repar-tían esquelas, pero si se les aparecía un ánima, se cagaban en los pantalones y su esposa les tenía que aventar agua fría—. A mí que me diga rana y salto, no me le abro ni a ése ni a ningún otro.

—¿No te ha tocado ver a Betito de ahora que viniste? —insistió Jos.

—Le dije al patrón que me cambie el camión, éste no es muy viejo, pero si se va a andar sentando en cuarta todo el tiempo, me va a dejar tirado en el desierto o en cualquier lado. Que me lo cambie, a él le va mejor porque yo de que trabajo, trabajo, no le paro. Eso sí, ando bien empastillado, jajajajá, pero no me rajo. La semana pasada pasé por Mon-

terrey y me agarró un aguacero como nunca había visto, no andaba cansado, pero no puedes ver ni a medio metro, ¿ahí qué haces? Yo les hablaba al 22 y al 38 que andaban más o menos cerca y me dijeron que tenían como media hora que se habían orillado, que yo ni le moviera. Me paré donde pude, dejé prendidas las luces, le metí como cuarenta foquitos nuevos alrededor, parece platillo volador, pero con eso, de que me ven, me ven. Destapé una caguama que traigo para cualquier necesidad y ahí me quedé más de una hora. No dejaba de llover. No es como en Oaxaca, allá te paras pero porque el aire no te deja caminar, tienes que buscar un puente para quedarte parado abajo, si no te voltea el pinche viento.

—Briel, ¿no te gustaría que fuéramos a ver a Betito los tres? —hice el último intento.

—En Veracruz, por andar de pendejo ayudándole al 18 que no saca una vaca de una milpa, ya me andaba, agarré una ruta diferente para echarle una mano, me metí en una carretera que le estaban echando chapopote nuevo y dejé unas zanjotas así de ondas; no, pues me llevaron hasta al ministerio público, y todo por querer ayudar a un güey que no le da de tomar agua ni a un gallo retratado. Pero eso y más me merezco por buey.

Nos volteamos a ver Jos y yo y decidimos regresarnos. Perdimos al segundo del grupo. Los dos se metieron en una burbuja, muy diferentes pero totalmente absorbentes. Concluimos que éste quedó más loco que Betito. Jos y yo sí volvimos a platicar largo y tendido, recordamos nuestras experiencias de vuelo, me dijo que no tenía planes de nada, que se había hecho cargo de la panadería y que trabajaban mucho él y su esposa, que de ahí iba a sacar con su trabajo las cosas que nos había dicho la viejita sin cabeza de que el dinero sí daba satisfacciones y que cuando quería uno

muchas, debía trabajar más. Me platicó que sus planes eran crecer la familia y nada más. No aspiraba a ninguna otra cosa. Tomamos el tema de Lupita, a ella no considerábamos haberla perdido porque ella desde antes tenía su modo de vivir aparte y leer todo lo que había a su alcance. Nos dolía haber perdido a los otros dos.

Pasaron varios años cuando por casualidad nos reunimos Jos y yo a platicar de nuestras vidas, de las experiencias que vivimos juntos con los otros amigos. Por mi parte, le platicué casi todo lo que pensaba hacer, que iba a continuar con la tienda de abarrotes, que era muy matado trabajar de siete de la mañana a diez de la noche sin días festivos, pero que ahí le iba a seguir. Cuando murió mi papá me ayudaba mucho mi mamá, pero ahora que ya faltó también, pues le dedico todo el tiempo yo solito pero no me quiero morir haciendo lo mismo. Lo que no le platicué a Jos es que me quiero juntar pronto con Licha la de don Tomás. Cuando me enyesaron la pierna ella me ayudó mucho, le sabe al negocio, es humilde, trabajadora y formal. Ya platicamos entre nosotros y está de acuerdo en que hagamos vida juntos, pero me dio vergüenza platicarle a Jos, que se entere hasta cuando la Licha viva conmigo. Ésa es mi siguiente experiencia de vuelo.

Experiencias de vuelo
se terminó de imprimir en octubre de 2020
en los talleres de Ediciones de la Noche
Madero #687, Zona Centro
Guadalajara, Jalisco

El tiraje fue de 500 ejemplares.

www.edicionesdelanoche.com

Este maravilloso libro que tienes en tus manos, amable lector, es una extraordinaria aportación del doctor Cándido González Pérez a la literatura mexicana. Con la publicación de esta obra literaria se está redescubriendo, renombrando, rescatando, actualizando tiempos, lugares, personajes y hechos de una tradición centenaria en Acatic que está escrita y registrada desde la época colonial: la magia.

Pasando por la alquimia, la santería o la brujería, los hechos sobrenaturales que aquí se describen y narran forman parte del pensamiento mágico y nigromántico que recorre estas páginas. Es el mismo pensamiento cabalístico que ha acompañado a la humanidad desde que el hombre es hombre y la mujer es mujer; es la idea de ir cada vez más lejos, cada vez más rápido y cada vez más cómodo a lugares extraordinarios y nunca antes vistos. Parajes que sólo pueden ser visitados o vividos leyendo un libro o viendo una película desde la comodidad de tu casa. La quimera de hacer cosas extraordinarias a partir de la palabra, los ademanes o gestos humanos forman parte de la esencia de la literatura que se ha encargado de hacer esos registros y dar testimonio de ellos.

Hugo Medrano

 **Ediciones**
de la Noche

ISBN 978-84-18312-56-4



9 788418 312564